

Gustavo A. Segura Lazcano, Carolina Caicedo Díaz, Iveth
Vilchis Torres, Emmanuel Moreno Rivera, Jana Pocrnja

El diálogo académico

Fundamento del ser universitario

Romanistik

LIT

Gustavo A. Segura Lazcano,
Carolina Caicedo Díaz, Iveth Vilchis Torres,
Emmanuel Moreno Rivera, Jana Pocrnja

El diálogo académico

Romanistik

Band 28

LIT

Gustavo A. Segura Lazcano,
Carolina Caicedo Díaz, Iveth Vilchis Torres,
Emmanuel Moreno Rivera, Jana Pocrnja

El diálogo académico

Fundamento del ser universitario

LIT

Bibliografische Information der Deutschen Nationalbibliothek
Die Deutsche Nationalbibliothek verzeichnet diese Publikation in der
Deutschen Nationalbibliografie; detaillierte bibliografische Daten sind
Im Internet über <http://dnb.d-nb.de> abrufbar.

ISBN 978-3-643-91169-8 (br.)
ISBN 978-3-643-96169-3 (PDF)

© LIT VERLAG GmbH & Co. KG Wien,
Zweigniederlassung Zürich 2019
Klosbachstr. 107
CH-8032 Zürich
Tel.+41(0)44-25175 05 E- Mail:
zuerich@lit-verlag.ch <http://www.lit-verlag.ch>

Auslieferung:

Deutschland: LIT Verlag, Fresnostr. 2, D-48159 Münster
Tel.+49(0)251-620 32 22, E- Mail: vertrieb@lit.verlag.de
E-Books sind erhältlich unter www.litwebshop.de

A la memoria del Dr. Manuel Velázquez
y su horizonte filosófico-poético México-Austria

CONTENIDO

Vorwort / Prólogo	9
Introducción	17
I. La senda del diálogo	21
1. Aproximación al logos	
2. Encuentro de visiones diversas	
3. En busca del entendimiento	
4. Enlace por textos y otros medios	
5. El vínculo interpersonal	
6. La vía del reconocimiento	
7. Lenguas y lenguajes	
8. El diálogo formador de identidades	
9. La conciencia en diálogo	
10. Debate de las ideas	
11. Filosofía del encuentro en las palabras	
12. Pensamiento y diálogo	
13. Propósitos diversos y comunes	
14. Limitaciones del encuentro	
15. Diálogo y poder	

II. El sentido de lo académico_____75

16. El origen de la academia
17. Atributos del diálogo académico
18. La comunidad universitaria
19. Identidad académica
20. Las perspectivas universitarias
21. El diálogo en el trabajo académico
22. Modos del diálogo académico
23. Dinámicas institucionales
24. Ecología de conocimientos y saberes
25. Realidad y pérdida del sentido académico

Bibliografía_____107

Vorwort

Jede wissenschaftliche Arbeit erfordert die Fähigkeit Grenzen zu sprengen, vor allem eigene Grenzen, Grenzen unseres Geistes. Aus diesem Grund erscheint die Arbeit im interkulturellen Kontext besonders wertvoll - es erfordert das, was das eigentliche Ziel vor allem der Geistes-, Human und Sozialwissenschaften ist: ein ständiges Bemühen den Geist zu erweitern, zu verfeinern, zu kultivieren, in Gang zu halten. Es erfordert natürlich Wissen, Wissen aufbauen bedeutet hier jedoch vor allem Platz machen zu können, Platz für das Neue, das Andere. Wertvolles Wissen in der wissenschaftlichen Zusammenarbeit ist keine Anhäufung von Informationen, es geht nicht primär darum zu erkunden was es in einer anderen Kultur gibt, das in der eigenen Kultur unbekannt oder wenig bekannt ist. Es ist eine Assimilierung des Neuen der eigenen Wahrheit, eine Wahrheit die stets individuell ist. Wenn diese eigene Wahrheit unsere so genannte kulturelle oder individuelle Identität stützt, dann ist ein wertvoller akademischer Austausch im interkulturellen Kontext ein ständiges Sprengen von bereits bestehenden Strukturen, es ist ein Kampf gegen das Festgefügte im eigenen Selbst. In diesem Fluss bestehen und entstehen viele Wahrheiten, und es ist nicht immer leicht diese zu vereinen. Es ist jedoch nicht das Ziel bei einer interkulturellen Zusammenarbeit eine gemeinsame Wahrheit zu etablieren, sondern das Bewusstsein dafür zu schärfen, dass jede eigene Wahrheit, jede eigene Welt einerseits willkürlich ist, andererseits ihre vollste Legitimität hat und sich in einem ständigen Fluss und Wandel befindet. All das ist ein Unterfangen, das Toleranz, Respekt und Öffnung bedarf.

Die akademische Zusammenarbeit, die zwischen Toluca und Wien entstanden war, war vor allem eine Frage des Willens, des weiter bestehen Wollens - trotz aller bestehenden Schwierigkeiten - und vor allem der interkulturellen Freundschaften, die bewiesen, dass alles was Bestand hat auch weiterhin besteht. In dieser Hinsicht möchte ich mich vor allem bei meinen mexikanischen KollegInnen für die langjährige Zusammenarbeit bedanken. Aus dieser sind mit den Jahren mehrere Symposien, Publikationen, Gastaufenthalte, und vor allem auch Ideen entstanden. Das Dankeschön gilt in erster Linie natürlich Manuel Velázquez Mejía, welcher, gemeinsam mit Heinz Krumpel diese Zusammenarbeit zwischen Wien und Toluca ins Leben gerufen hat. Manuel Velázquez Mejía ist der Gründer des Forschungszentrums Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades in Toluca, er war Universitätsprofessor für Philosophie an der UAEM, war mehrere Male an der Universität Wien tätig und war Leiter der Arbeitsgruppe Hermeneutik des Alltags in Toluca. Diese Arbeitsgruppe war die Plattform für mehrere Diskussionen zur Frage: Wie verstehen wir? Was tun wir, wenn wir verstehen? Es waren Diskussionen aus denen diese Publikation entstanden ist. Manuel Velázquez Mejía hat sein ganzes Leben der akademischen Arbeit gewidmet und hat mehrere Male ForscherInnen und Studierende aus Wien empfangen. Er ist bedauerlicherweise physisch nicht mehr mit uns, sein Geist verbindet uns jedoch weiterhin, vielleicht sogar stärker als je zuvor. Ihm ist somit auch diese Publikationen gewidmet.

Ein großes Dankeschön gilt natürlich auch allen KoautorInnen dieses Textes: Gustavo A. Segura Lazcano, Carolina Caicedo Díaz, Iveth Vilchis Torres und Emmanuel Moreno Rivera. Speziell hervorheben möchte ich dabei Gustavo A. Segura, welcher die Zusammenarbeit neu

formuliert und konkretisiert hat. Diese Zusammenarbeit besteht nun aus den Arbeitsgruppen Gesellschaft und Bildung, geleitet von Gustavo A. Segura Lazcano, Hermeneutik des Alltags, geleitet von Carolina Caicedo Díaz, sowie von meiner: Literatur und Philosophie, u.a. All diese Arbeitsgruppen sind ein Bestandteil des Kontakt-netzwerkes Sozioökonomische Hermeneutik und Humanbildung, deren Gründungsmitglieder auch Iveth Vilchis Torres und Emmanuel Moreno Rivera sind.

Besonderer Dank gilt auch Heinz Krumpel, welcher immer unermüdlich für diese Zusammenarbeit kämpfte und tatkräftig Individuen in ihrem Forschungsvorhaben unterstützt hat. Möge diese Publikation nur der Beginn von weiteren austauschreichen Aktivitäten im akademischen Kontext sein.

Dr. Jana Pocrnja

Wien, 01.06.2019

Prólogo

Cada actuación académica exige la capacidad de cruzar fronteras, sobre todo fronteras propias, fronteras de nuestra mente. Justamente por eso, la actuación en un contexto intercultural resulta particularmente valiosa, ya que exige algo que, en realidad, es la meta por excelencia de las Humanidades: el esfuerzo continuo por ampliar, refinar, cultivar la mente, así como por mantenerla en marcha. Esto, por supuesto, requiere conocimientos, cuya construcción significa aquí ser capaces de crear espacio, espacio para lo nuevo, lo otro. Un conocimiento valioso en una colaboración académica no se produce por la acumulación de informaciones, no se trata primariamente de investigar qué es lo que existe en otra cultura, lo que no se conoce o se conoce poco en la propia. Es una asimilación de lo nuevo a la propia verdad, una verdad siempre individual. Si esa propia verdad es la base de nuestra así llamada identidad cultural o individual, un intercambio académico de valor en un contexto intercultural es una perpetua ruptura de las estructuras ya existentes, es una lucha contra lo fijo y definido en sí mismo. En este flujo existen y nacen muchas verdades, y no es siempre fácil unirlos. Sin embargo, en una colaboración intercultural, la meta no busca establecer una verdad conjunta, sino afianzar la concienciación de que cada propia verdad, cada propio mundo es arbitrario, por un lado, por otro es completamente legítimo en su existencia, la cual se encuentra en un continuo flujo y cambio. Todo esto es una tarea que exige tolerancia, respeto y apertura.

La colaboración académica formada entre Toluca y Viena ha sido ante todo una cuestión de voluntad, de un fuerte querer seguir existiendo - a pesar de todas las difi-

cultades existentes - y también de amistades interculturales, que han demostrado que todo lo que tiene sustancia persiste. En este sentido, quiero agradecerles a mis colegas mexicanos y mexicanas la colaboración de estos años, en los que hemos intercambiado tantas ideas, compartido simposios y publicaciones, sin olvidar, claro está, las fructíferas estancias de investigación. Como no podía ser de otra manera, el agradecimiento se dirige, en primer lugar, a Manuel Velázquez Mejía, iniciador de esta colaboración entre Viena y Toluca junto con Heinz Krumpel, así como fundador del Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades en Toluca. Profesor de filosofía en la UAEM, tuvo varias estancias en la Universidad de Viena y fue responsable del cuerpo académico Hermenéutica y Cotidianidad. Este cuerpo académico sirvió de plataforma para varias discusiones sobre las preguntas: ¿cómo conocemos? ¿Qué hacemos cuando conocemos?, las cuales, ahora, dan lugar a esta publicación. Manuel Velázquez Mejía dedicó toda su vida al trabajo académico y acogió investigadores y estudiantes de Viena en numerosas ocasiones. Por desgracia, él ya no nos acompaña físicamente; sin embargo, su espíritu sigue reuniéndonos, quizás aún más que antes. Esta publicación, por lo tanto, está dedicada a él.

Un gran agradecimiento, por supuesto, se dirige también a todos los coautores de este texto: a Carolina Caicedo Díaz, a Emmanuel Moreno Rivera, a Iveth Vilchis Torres y, más en particular, a Gustavo A. Segura Lazcano, quien ha reformulado y concretizado esta colaboración. A su vez, esta resulta de la coparticipación entre los cuerpos académicos Sociedad y Educación, dirigido por Gustavo A. Segura Lazcano, Hermenéutica y Cotidianidad, dirigido por Carolina Caicedo Díaz y del mío, Literatura y Filosofía, entre otros. Todos ellos se integran en

la red Hermenéutica Socio Ambiental y Formación Humana, cuyos miembros fundadores son también Iveth Vilchis Torres y Emmanuel Moreno Rivera.

Un agradecimiento se dirige también a Heinz Krumpel, quien ha luchado de manera infatigable por mantener esta colaboración y ha apoyado con toda su energía a los investigadores y estudiantes en sus proyectos de investigación. Esperamos que esta publicación sea solo el inicio de muchas otras actividades de nuestra colaboración académica.

Dra. Jana Pocrnja

Viena, 1 de junio 2019

¡Abajo la inteligencia! gritó el general Millán Astray: ¡Viva la muerte! Hubo entonces un clamor por parte de los falangistas, Unamuno respondió: Éste es el templo de la inteligencia y yo soy su sumo sacerdote. Sois vosotros los que profanáis sus sagrados recintos. Venceréis porque os sobra la fuerza bruta, pero no venceréis jamás, porque para convencer necesitáis persuadir.

Universidad de Salamanca
(Inicios del Guerra Civil Española)

Introducción

La universidad representa la gran utopía sostenida por las sociedades académicas, agrupamientos con dinámicas particulares donde prosperan diversas vertientes que nutren la vida intelectual de los pueblos. Ella logra vislumbrarse o intuirse en la medida que sus integrantes contribuyen a configurar, realmente, una comunidad de conocimiento establecida en condiciones de diálogo que estimula la producción científica y fortalece el sentido humanista de todos sus cometidos.

La universidad como institución académica se encuentra inmersa y co-implicada con la sociedad que la resguarda y para la cual constituye el núcleo de su conciencia y razón crítica siendo el núcleo desde la cual pue-

de comprenderse. De forma análoga a la actividad neuronal, que le permite adaptarse y sobrevivir a todo organismo superior a un medio ambiente determinado, la universidad, colectivo pensante de la sociedad, permanece, en todo momento, convocada y preparada para esclarecer las situaciones y definir las trayectorias que resultan pertinentes para la vida humana.

Con el propósito de contribuir al importante legado de reflexiones que durante las últimas décadas se han venido formulando en torno a la universidad pública, sus tradiciones y finalidades, realizamos un ejercicio de interpretación libre, colaborativa y autocrítica en torno al avance ilimitado del diálogo académico como sustrato fundamental de las tareas universitarias.

Con base el esfuerzo realizado afirmamos que de las condiciones propiciatorias del diálogo emerge la praxis capital que fortalece el espíritu y las convicciones de quienes se asumen como actores responsables de los cometidos educativos, científicos y culturales que han sido conferidos a la universidad pública. Con base en esta premisa a continuación ponemos a consideración de los universitarios los primeros avances de un tema crucial para el presente y futuro de nuestras instituciones y cuyos argumentos al paso del tiempo, estamos seguros de ello, serán cuestionados, y por ello enriquecidos por académicos dispuestos a dialogar y debatir el rumbo que conviene imprimir a nuestras tareas en respuesta al momento histórico socio-cultural en que nos encontramos.

Por compartir sus valiosos puntos de vista y reconociendo su indeclinable disposición al diálogo, quedamos en deuda con los doctores: Heinz Krumpel, Enrique Aguirre Hall, María de Lourdes Ortega Terrón, Ricardo Rodríguez Marcial y Jonathan Christy Baldazo Delgado

llo. De igual manera agradecemos al escritor Eduardo Osorio García sus atinadas correcciones al texto original.

I. La senda del diálogo

1. Aproximación al logos

La reflexión del mundo universitario parte del “logos”, del griego λόγος, vocablo que los romanos resignificaron bajo la versión de “ratio” y desde el cual podemos anticipar el sentido y significado de un diálogo pleno.

El término “logos” durante la Grecia antigua adquirió significaciones diversas vinculadas a hechos lingüísticos, experiencias donde la palabra expresaba visiones particulares que propiciaban comunicabilidad entre los seres humanos constituyendo la base de la vida comunitaria. El logos, siendo declaración y discurso adquirió, en los pensadores socráticos, la cualidad de verdad expuesta sustentada en la razón propia.

Es gracias al intercambio de palabras que los hombres y mujeres de cualquier tiempo han ingresado y entendido el mundo humano a las nuevas generaciones. En opinión de Heidegger la función fundamental del λόγος radica en “descubrir y hacer conocido lo ente” (2011: 29). Por esta razón el filósofo considera que el ejercicio del habla permitió a los hombres acceder y poner a su disposición lo que antes permanecía encubierto. Advertir el valor ontológico que los griegos confirieron al habla resulta crucial en el estudio de las significaciones que emanaron de su cultura. Al respecto, apunta Gadamer; los pensadores de la Grecia Antigua consideraban al logos un “caudal, que partiendo del pensar fluía resonando desde la boca” (2012: 490).

Logos, en una primera aproximación, nos remite a la palabra como recurso léxico, dicción a través de la cual

el hombre despliega su mundo y traduce sus experiencias en múltiples narrativas. Heidegger considera que antes que razón, λόγος significó “habla, conversación y por tanto el hombre es un ente que tiene su mundo en el modo de lo hablado” (2011: 42).

Desde su etimología λόγος apunta a horizontes complejos de naturaleza tanto filosófica, como teológica y psicológica, dado que la vida humana ha requerido la presencia y mediación de las palabras desde sus orígenes. Como sintetiza Octavio Paz; “estamos hechos de palabras” (2003:30).

Consideremos a la “palabra” (logos: λόγος) como algo que trasciende los fonemas o grafemas empleados durante los procesos comunicativos, e incluyamos las cuestiones que explícita o implícitamente se encuentran involucradas con la construcción de nuestras diversas representaciones, enunciados y argumentos; es decir con cada ingrediente que expresa, traduce, da cuenta y posibilita el entendimiento de nuestras experiencias histórico socioculturales. Las palabras son el vehículo de aquello que pensamos y compartimos, son la construcción a través de la cual cada voz y sus expresiones afirman una forma de pensar. “Una palabra adquiere su sentido a partir del contexto en que aparece; en diferentes contextos cambia su sentido” (Vygotsky, 2015: 313).

Las palabras constituyen la ruta que nos aproxima a la comprensión de todo cuanto implicamos al sentir, pensar y experimentar la vida misma; configuran una versión propia sobre las cosas y del acontecer. En cada “logos” habita y prospera una visión particular del mundo que se define en cuanto la manera de realizarse. La posibilidad de nominar las cosas le permite a cada hombre imponer un orden propio en el mundo, por tanto, somos autores de todo cuanto pretendemos objetivar con la palabra.

Como señala Ricoeur “el hombre que habla pone un sentido; en su manera verbal de obrar” (2015: 253).

En opinión de algunos filólogos el sentido primario del “logos” se encuentra vinculado a la acción de recoger y unir lo que aparece disperso. Este planteamiento atribuye al “logos” la cualidad de organizar las cosas del mundo, así como las ideas que las representan cuando son traducidas en una secuencia de palabras y enunciados que al extenderse configuran un discurso; es decir articulan señales y significados que discurren y dan cuenta de la acción de pensar más allá de los límites atribuidos al habla interna, por ello Octavio Paz afirma; “Yo andaba por el mundo. Mi casa fueron mis palabras” (1987:83).

El “logos” nos remite esencialmente al ámbito de las cuestiones expresivas donde se enlazan el proceso de reflexión y la construcción de argumentos capaces de mostrar cuanto puede ser pensado. Aunque la relación entre pensamiento y palabra constituye un tema complejo y sujeto a debates, podemos asegurar que ambas entidades propician el desarrollo de la conciencia.

El logos identifica al proceso de formación de palabras y significados que permiten incursionar tanto en lo que se expresa cómo en aquello que permanece oculto detrás de los enunciados, pero en ambos casos gracias a los atributos del logos somos capaces de situarnos en un horizonte de sentidos y enriquecer nuestras interpretaciones sobre lo dicho. Cada logos por tanto resulta un fragmento o conjunto de fragmentos que hacemos emerger de una totalidad de asociaciones y representaciones posibles, inscritas en el vasto conjunto de significaciones que constituyen nuestra manera particular de concebir el mundo y hacerlo realidad. Al respecto Oswald Külpe observa: “el mundo existe en las formas que nosotros lo establecemos y definimos” (1914:81). A su vez y desde una visión con-

temporánea, Daniel Dennett (1996) considera que cada hombre permanece atrapado dentro de un punto de vista y que configura su propia conciencia.

El logos implica un esfuerzo articulador de palabras propio de cada persona tendiente a unificar signos y contenidos, y que al ser la expresión de un pensamiento orientado a conferir suficiente coherencia a lo que dice, podrá o no hacerse suficientemente legible a otros. Cada logos en su escena contribuye a liberar el conjunto de representaciones vinculadas con un sentido atribuible al sujeto que lo produce y configura. El logos de cada individuo define lo que resultará inteligible a sus audiencias partiendo de los códigos de comunicación establecidos por un grupo de referencia. Vygotsky advierte que “los significados de las palabras evolucionan [...] y si el significado de las palabras cambia en su naturaleza interna, también cambiará la relación del pensamiento con la palabra” (2015; 284).

La importancia de un logos a nivel gregario radica en su capacidad de representar algo y sugerirlo fehacientemente a otros pues su intercambio convalida realidades y con ello se adquiere certidumbre colectiva sobre algo. La cualidad argumentativa de un logos confiere valor y credibilidad a las palabras, así como a quienes las formulan. En tal dinámica el expositor queda obligado a revisar y responsabilizarse de sus palabras, así como de la fortaleza de los argumentos que ofrece y que terminarán fundamentando su capacidad social y comunicativa.

Al hacer uso de la palabra, el emisor propicia que su razón quede expuesta y se contraste con otras versiones y sentidos, que a final de cuentas llevan a reflexionar las maneras de relacionarse con las cosas del mundo. Debido a las limitaciones propias de cada individuo es difícil ad-

vertir realmente los cambios que experimenta el pensamiento antes de convertirse en habla.

Debido a su naturaleza el logos tiende a permanecer retenido en un universo conceptual. Las palabras soportan una razón constituida que puede o no resultar convincente y/o comprensible a otros en la medida que despliega un mundo racional susceptible de ser habitado por más interlocutores. Al respecto Octavio Paz considera que “las palabras son puentes. También son trampas, jaulas, pozos [...] las palabras son inciertas y dicen cosas inciertas, pero digan ésto o digan aquello, nos dicen (1987:164).

A través del logos es posible la argumentación, recurso mediante el cual se despliega la acción no solo de pensar sino de revisar el modo de pensar algo, en este propósito puede afirmarse que el logos engendra, sostiene y sustancia todo aquello que se expone y cuestiona a otros logos que puedan salir al paso.

Frente a perspectivas contrarias y divergentes, cada logos está obligado a acreditar su visión en tanto razón válida y congruente, para lo cual requiere mostrar aquellos argumentos que le confieran mayor validez y contundencia. En condiciones de competencia cada logos está convocado a exhibir tanto la riqueza como la sutileza de la consciencia que lo engendra y que le traduce en acción argumentativa. El logos por tanto conlleva la visión personal que puede ser o no comprendida y aceptada por otros. En cada logos subyace lo explícito como el sentido implícito que le da origen.

El logos, desde tiempos de la Grecia antigua, tuvo diversas acepciones. Para Heráclito la palabra, más que entidad común, era un rasgo propio de cada hombre y dado que el logos supone capacidad creadora, activa e inagotable, capaz de abarcar todas y cada una de las vicisitudes, todo hombre se encuentra en posibilidades de ha-

cer suyo el universo, siendo que por medio de la palabra se despliega y hace real al mundo. Esta idea, se encuentra implícita en el término hebreo “dabar” (medio de creación) el cual, articulado a la noción de logos, daría origen a la acción creadora por voluntad divina. Por tanto y conforme a la visión religiosa judeocristiana resultante “el logos griego se convertiría en occidente en la doctrina asociada a las fuerzas divinas” (Dilthey, 2013: 102).

El logos efectivamente deviene del poder racional de nuestra especie del cual adquiere su coherencia, su propia logicidad. Por este motivo Aristóteles deriva de la noción de logos, una nueva ciencia para su época denominada “lógica” que define como la forma racional de estructurar todas aquellas declaraciones que el hombre ofrece con afán demostrativo.

El logos no se limita a una estricta congruencia del uso del lenguaje, motivo por el cual debe considerarse su relación con todas las capacidades cognoscitivas y que constituyen el mundo comunicativo y simbólico propio de la especie humana. Para Heidegger (2011) el logos persiste en aquello que nos deja ver algo, que se hace patente y nos descubre. Asumiendo su perspectiva; el logos, sobre cualquier definición, remite al sentido de lo declarado, como aquello que desvela el ser de quien interpreta. De acuerdo al afamado filósofo por medio de la palabra nos percatamos del ser y connaturalmente habitamos en el lenguaje. Siendo conscientes de las trayectorias y poderíos de las palabras, trascendemos los límites que rigen los entornos pues “el logos hace ver aquello de lo cual se habla” (Heidegger, 2014: 52).

El pensamiento, acto íntimo y propio de cada individuo, se libera o aprisiona en las habitaciones del logos, en conjunto las palabras definen nuestro ser en el mundo y el sentido de cuanto nos atrevemos a decir a

otros. En la cultura griega, según Giorgio Colli, el logos, sustentaba cualquier discusión como una “expresión de vitalidad, de ejercicio de la libertad y encuentro deliberado con el antagonista propiciando el desarrollo conjunto de un saber especulativo” (2006:28).

Más allá de la forma de pensar, el logos contribuye con la construcción de un espacio social o medio de entendimiento entre los seres humanos y propicia la realización de un diálogo a través del cual se vinculan, ligan y fusionan nuestras representaciones y significaciones. El logos nutre nuestras experiencias de referentes y sentidos, lo cual contribuye a que sean narradas de una manera singular y re-interpretadas por quienes se interesan en ellas, lo cual co-implica un proceso por medio del cual la palabra se construye, significa, expresa y adquiere cualidades argumentativas que se tienden y resultan o no comprensibles a otros.

El logos siendo palabra conocida participa de una visión compartida del mundo, de un intercambio de representaciones que descubren el mundo de los interlocutores. En tal sentido en cada logos se conjuga la razón y la palabra que le define, separa y organiza y que puede ser compartida con aquellos que son capaces de reconocerla. De esta manera cada logos define el horizonte de significaciones que permite reconocer los dominios de nuestra comprensión y lleva a contrastar sus contenidos frente a logos ajenos.

En suma y en la línea de reflexión que orienta el presente ensayo, definimos al logos como aquello que se encuentra implicado en la construcción de la palabra: es decir, lo que le da origen, sentido y traduce en una visión personal con suficiente capacidad de argumentación y que hace posible una interacción comunicativa.

2. Encuentro de visiones diversas

Entre las disímiles vías de interacción y relacionamiento que dispone nuestra especie para intercambiar sus experiencias, destaca el diálogo, un evento a través del cual los participantes deciden y logran, haciendo uso de la palabra, confrontar sus visiones y concepciones de vida, lo que origina discursos cruzados. En opinión de H.G. Gadamer “la capacidad de diálogo es un atributo natural del ser humano” (2010: 203). Por medio de la conversación los hombres configuran un escenario de convivencia entre logos y voces distintas donde se afirman como seres creadores de mundos propios que pueden hacerse evidentes a otros. En *Verdad y Método* el prestigioso filósofo afirma: “cuando se encuentran dos personas y cambian impresiones, hay en cierto modo dos mundos, dos visiones del mundo y dos forjadores de mundo que se confrontan” (Gadamer, 2010: 205).

Más que aludir a una casualidad que rompe en charla, el diálogo demanda una participación activa de los interlocutores; ella le traduce en acto solidario, en hecho colaborativo entre quienes asumen su condición dialéctica y optan por un encuentro pleno sujeto a la construcción de la palabra que permite conocer y reconocer visiones y perspectivas ajenas. Su dinámica trasciende la simple interacción comunicativa que propician las circunstancias y por el contrario favorecer el cotejo de logos diversos. Para ello es necesario que los participantes al diálogo eviten su condicionamiento o sean presa de intimidaciones que puedan inhibir la manifestación libre y franca de sus logos.

El diálogo aproxima y reduce distancias afectivas y cognitivas preexistentes; su desarrollo acerca los diversos mundos ya configurados y en consecuencia suscita y

sustenta el proceso que pueda llevar a esclarecer y modificar los fundamentos teóricos, epistémicos y ontológicos propios de cada logos.

Si en cada logos que se expresa, los individuos fundan y recrean mundos propios, es, por medio del diálogo, que los hombres encuentran el medio de vincularlos y apreciar orígenes, sentidos y divergencias. El uso alterno de la palabra conlleva a intercambian visiones que confrontan y enaltecen las perspectivas de vida de los participantes. En condiciones de diálogo si bien los individuos delimitan su singularidad, también superan el silencio que los contiene distantes, abandonan la indiferencia y renuncian a estados y modos de vida egocéntricos que los apartan y desintegran.

El diálogo se despliega por la palabra y al hacerlo construye horizontes de sentido comprensibles entre los interlocutores. En esta interacción fluyen los argumentos que gobiernan nuestras máximas certidumbres y convoca a otros a expresar las propias; permite hablar con otros, debatir y cuestionar visiones y referentes. El acto dialogante facilita el contacto de quienes piensan diferente y ello propicia la confrontación de mundos e historias singulares que por contrastantes y extrañas que parezcan, habrán de revelar sus significados.

Cualquier esfuerzo por dialogar implica apertura e inclusión entre quienes pretenden edificar y sostener un intercambio comprensivo de ideas. Hacer viable sus propósitos demanda a los participantes el compromiso por mantener una exposición argumentativa carente de actitudes orientadas a la descalificación o cancelación de la palabra que le contradice. Bajo tal premisa nadie queda al margen en participar del diálogo verdadero cuando su logos queda en libertad de mostrar y apreciar la totalidad

del mundo conceptual y cultural que sustenta a cada interlocutor.

De igual modo la acción de dialogar requiere necesariamente situarse en una lógica de encuentro donde exista el pleno reconocimiento de unos a otros. Bajo la premisa de dominación o exclusión anticipada del logos ajeno, no existe posibilidad de diálogo alguno, como también en circunstancias bajo las cuales se tienda a desacreditar la expresión de aquellos menos ejercitados en el uso de la palabra o carentes de protagonismo.

Al dialogar es posible a los participantes advertir el límite de las mayores certezas, como también percatarse del vacío y agotamiento de argumentos y contenidos. Constituye un esfuerzo mayor por discurrir y permanecer vigilante de la propia conciencia, como de todo aquello que se hace presente en la palabra. Al respecto Nietzsche afirma que; “se critica con severidad a un pensador cuando emite una proposición desagradable; y sin embargo sería más razonable hacerlo cuando agrada la proposición” (1994: 275).

Las palabras en uso y dominio de la cotidianeidad contribuyen al ordenamiento de la colectividad y al hacerlo revelan a los individuos su condición gregaria. Si bien el logos, siendo palabra enfatiza la personalidad de los interlocutores, finalmente integra las versiones que pertenecen a un determinado ámbito social.

El diálogo como estrategia de entendimiento entre los hombres que implica un determinado uso del lenguaje, es símbolo portador de formas alternas y originales de pensar y propone una interacción abierta, en el mejor de los casos simétrica de origen, con un propósito sincero de alentar el intercambio de puntos de vista y favorecer el entendimiento comunitario. Como ejercicio es pensamiento en acción, reflexión que se comparte en torno a un tema

o asunto que al mantener vigente el intercambio de ideas contribuye al esclarecimiento y mutuo entendimiento de las posiciones. Las diversas posturas se contactan por medio de la palabra “intercambio en el que los interlocutores se aproximan unos a otros. Se trata sin duda de formas de praxis social” (Gadamer, 2010: 208).

Al dialogar queda clara la función comunicativa propia del lenguaje que sirve de intermediario a un proceso de comprensión colaborativa. En tal perspectiva, posibilita la creación de una obra en condiciones de coautoría y la cual se desarrolla hilvanando diversas perspectivas argumentativas, muchas veces contrapuestas y las cuales, en su mutua negación, impulsan la consciencia hacia nuevas búsquedas y mejores desarrollos.

El dialogar con frecuencia demanda un pensamiento reflexivo capaz de movilizar los esquemas pre-existentes pues los interlocutores interiorizan y externalizan experiencias y argumentos convincentes al incursionar en territorios y conjeturas ajenas. Esto supone la voluntad de contrastar perspectivas del mundo, lo cual sitúa a los participantes en aquellas tareas que conducen al cuestionamiento amplio de su propia realidad. El diálogo en tal sentido se constituye en un afán de búsqueda acompañada por quienes deciden abandonar el estado inercial de conformidad con aquello que se conoce y acepta.

El diálogo exige circunstancias culturales y psicológicas favorables al encuentro entre mentalidades y formas diversas de pensamiento. Imaginemos los retos que plantea el encuentro de artistas y científicos para la construcción de un diálogo o bien como garantizar el entendimiento entre grupos indígenas y de cibernautas urbanos. Sin duda en tales escenarios habrá de requerirse, más allá de un lenguaje eficiente que sirva de medio de enlace, la voluntad sostenida de los participantes y la apertura frente

a las propias visiones que proponen grupos diferentes. En ese momento para que el diálogo sobrevenga y el entendimiento entre las participantes prospere, resultará imprescindible no solamente que los argumentos expuestos sean comprensibles a los participantes, sino que además propicien la revisión de significados implicados en cada una de las expresiones que son compartidas.

Incluso en situaciones óptimas de diálogo no resulta posible que los participantes piensen de forma idéntica; pero el acto mismo de dialogar induce a reflexionar juntos y al hacerlo es posible transitar de una razón fincada en la propia identidad cultural e intelectual a una razón de interculturalidad y con ello mantener un canal de comunicación abierto nuevas incursiones. El diálogo de esta manera contribuye a facilitar la convivencia y la noción de vivir en compañía de otros que piensan distinto. Finalmente, el diálogo contribuye al proceso de comprensión mediante la fusión de nuestras perspectivas de interpretación.

3. En busca del entendimiento

Entre los seres humanos subsiste siempre un abismo difícil de salvar por medio de las palabras. A pesar de pertenecer a la misma especie, raza, cultura o familia “el hombre es un extraño para el hombre [...] pero siempre un semejante” (Ricoeur, 2015:342). El diálogo más que apreciarse como un fin, es realmente el medio a través del cual los participantes pueden o no arribar al umbral de entendimiento y comprensión recíproca de sus perspectivas de vida y las condiciones a partir de las cuales se constituye su visión particular de las cosas. Por tanto, ningún diálogo garantiza de antemano la certeza de arribar a

consensos. El esfuerzo por dialogar advierte a los involucrados la existencia de posturas, lecturas y significaciones diversas, así como la prevalencia de diversos “yo”, personalidades cuya historicidad se encuentra asociada a la manera particular de relacionarse con las cosas del mundo, interpretar y resolver los propios entornos.

Aun cuando quienes se proponen el diálogo adviertan la imposibilidad de configurar un pensamiento homogéneo, el diálogo por sí mismo justifica el propósito del encuentro en vías de un mejor entendimiento entre los individuos y grupos que lo realizan. Se confirma con ello que cada “yo”, en última instancia, no es sino la manifestación de una consciencia social particularizada y que somos todos, en buena medida, lo que otros han hecho de nosotros pues aquellos que llamamos otros son también algo y alguien a través de nosotros.

Privilegiar la comunicabilidad y aspirar al entendimiento mutuo no requiere reducir, orientar u acomodar el diálogo a determinados formatos, menos aun sujetar la interacción de los individuos al propósito perverso de aniquilar las creencias y convicciones que soportan la vida privada y pública de los interlocutores, sino simplemente avanzar en la ablución de una vía que por ambos extremos diluya cualquier malentendido y haga visible lo verdadero para los dialogantes.

El entendimiento, como proceso de acercamiento a posturas distintas a la propia, implica esclarecer horizontes y sentidos que convergen y divergen entre los interlocutores y que permiten comprender el origen e implicaciones de cada una de las perspectivas que intervienen en el juego interdiscursivo. La dinámica del diálogo contribuye a la comprensión de la vida humana como un mundo habitado por seres y grupos diversos que son ca-

paces de reconocer o intuir que el mundo se constituye por interpretaciones diversas.

El entendimiento recíproco obliga necesariamente al reconocimiento del otro y de su dignidad como persona. Entender al otro solo es posible desde una perspectiva de encuentro con un semejante, evitando con ello su cosificación tal como lo advierte Axel Honneth (1997). Durante el diálogo y más allá del tema en cuestión se manifiesta e implica la subjetividad propia de los participantes. Su plena delimitación no puede llevarse a cabo sin el esclarecimiento de fundamentos, intencionalidad e implicaciones que subyacen en los argumentos que van siendo expuestos. Así las diversas concepciones van apareciendo en el acto de dialogar, dado que ellas constituyen intrínsecamente a los sujetos.

Todo diálogo en desarrollo conlleva una construcción y deconstrucción de significaciones, resultado de aquellos logos que se confrontan y revisan. Durante el coloquio la palabra en uso de los participantes deriva en un proceso enunciativo renovador de diversos horizontes que al ser valorado contribuye al entendimiento, la comprensión y el enriquecimiento de perspectivas diversas.

Si bien el imperio de la subjetividad, tanto como el peso de la memoria y sus mandatos culturales, nos alejan de la comprensión de otras visiones, difícil resulta evadirse del prejuicio y la arbitrariedad, refugios en los cuales queda contenida sino es que, atrapada nuestra consciencia, escuchar y sopesar los argumentos del otro, dimensionarlos en su justa valía, recupera el dominio de nuestros juicios precipitados.

A pesar de las diferencias que prevalecen en cada encuentro, los dialogantes continúan concurriendo en la palabra, como un recurso que les permite mostrarse, hacerse entender y tender puentes hacia otros. El fin de

cualquier diálogo no radica en configurar un discurso híbrido o unificado, como si fuera posible instaurar una verdad compuesta, sino tan solo en continuar pensando en el logos propio y ajeno, asumiendo que la verdad, sobre cualquier acepción del término, demanda un proceso perenne de búsquedas y continuas develaciones. Lo que sabemos es siempre susceptible de ser enriquecido por otras perspectivas y desarrollos. El diálogo únicamente colabora con la transmisión de lecturas y valores y al hacerlo efectivamente posibilita la creación de sociedades, pues las palabras nos aproximan a comprender el mundo de otros.

4. Enlace por textos y otros medios

Si bien en su origen el diálogo se muestra como una actividad verbal, los sistemas de escritura propios de cada cultura lograron traducir las palabras en signos que configuran textos cuya difusión propicia nuevos logos. El texto ajeno expresa un pensamiento que al ser distinto induce hacia nuevos horizontes de reflexión.

Los sistemas de representación gráfica preservan, expanden y propician lecturas en torno a hechos cercanos y lejanos acontecidos lo cual constituye un universo de temas cuyo invaluable contenido facilita el continuar dialogando.

Toda lectura invita a la trasgresión de su literalidad y contenido. El reto del lector radica en situar su reflexión más allá de lo que el texto propone y para tal propósito requiere ante todo comprenderse y cuestionar aquello que motiva y da fundamento la obra.

Lo escrito por autores distantes en tiempo y espacio entra en diálogo con impredecibles lectores cuando su contenido logra activar y transformar el pensamiento de

los intérpretes pues al leer y oír las palabras que otros formularon, se ayuda a pensar de manera distinta. Se trata por tanto de provocar un diálogo interno, con limitaciones de réplica, pero ciertamente estimulante y enriquecedor para quien la lleva a cabo con esmero. Los ejemplos notables de ello resultan abundantes en la historia de la literatura como de la filosofía y las ciencias. Al respecto cabe recordar los Diálogos de Platón, quien conversa imaginariamente y debate con pensadores de otras épocas sobre diversos tópicos filosóficos; caso semejante al Diálogo sobre los dos Máximos Sistemas del Mundo, escrito por Galileo Galilei donde se confrontan dos visiones astronómicas.

Ciertamente cada texto estimula las capacidades hermenéuticas de su lector. Cada interpretación abre nuevos horizontes de comprensión, algunos de ellos más prometedores que otros, y que por su diversidad inducirán a otras generaciones a emprender inéditos desarrollos.

Cualquier lectura cuidadosa y reflexiva propicia un diálogo transpersonal con posibilidades de comprender la voz de quien escribe y cuando ello ocurre se enriquece el estado de conocimiento de quien se aventura a explorar las sendas que describe el logos ajeno.

Aun cuando no exista la posibilidad real de un intercambio directo de ideas con el autor de un texto, el logos manifiesto en cada obra propicia alimenta el pensamiento de los lectores; mas aun en quienes son capaces de aproximar su reflexión a los contextos de donde provienen las líneas y con ello la argumentación que se desarrolla frente a sí.

El logos como palabra escrita, da cuenta de vidas, experiencias, mentalidades y sensibilidades insospechadas. La cultura codificada, convertida en signo, impresa, constituye un patrimonio social y simbólico valioso para

explorar distintos horizontes; alienta y posibilita nuevas lecturas y relecturas del mundo y con ello del devenir humano. Por esta razón Hans G. Gadamer advierte la importancia que el acto de interpretar tiene para apreciar y vincularnos con las diversas culturas al decir: “el verdadero sentido contenido en un texto o en una obra de arte no se agota al llegar a un determinado punto final, sino que es un proceso infinito” (2012: 368).

Leer confiere vida a los logos escritos; es decir, nos contacta con la vida y pensamiento de sus autores, si bien la experiencia de la lectura no constituye un diálogo directo con un ser en vida, si permite valorar el legado de su logos. Dar voz al texto, así como recuperar su contexto, nos aproxima al sentido original de lo dicho y propuesto por los autores. Al comprender contextualizando tanto al autor como al intérprete se recupera en buena medida la dinamicidad propia del discurso contenido, siendo lo más importante y riesgoso advertir la intención que le dio origen. En torno a esta cuestión Verdad y Método sentencia; “el que quiere comprender un texto tiene que estar en principio dispuesto a dejarse decir algo por él” (Gadamer, 2012: 335).

En la actualidad además de los textos en medios impresos, existen audio-libros, portales informáticos, archivos, video-documentales y otros formatos surgidos de los sistemas digitales que han venido a diversificar y dinamizar el logos de incontables personas y con ello de pensadores hasta hace unos años desconocidos para la mayoría. Los entornos mediáticos e informáticos que dominan el siglo XXI han originado diversas y contrastantes formas de recepción en ámbitos cercanos y distantes. Infinidad de textos se difunden y movilizan en el mundo por medios tecnológicos que han venido a facilitar su acceso.

La era de la información abrió un escenario que difunde logos anteriormente inadvertidos y con ello está dando origen a diálogos inéditos. El encuentro diacrónico y sincrónico de autores e intérpretes con diversas tradiciones y perspectivas avicina una mayor mixtura en las formas de pensar y con ello el surgimiento de nuevas síntesis y vías de comprensión. Hoy como nunca resulta posible aproximar materiales, textos y contenidos que permanecían distantes en tiempo y espacio; por esta razón, sea en el plano de la ficción o de las acciones concretas que nos ofrece la realidad temática. Sin duda se abrirán otros horizontes de reflexión de los cuales las mentes más inquietas lograrán beneficiarse en tanto logren recuperar significados y sentidos hasta hoy ignorados.

5. El vínculo interpersonal

El diálogo, en sentido estricto, exige la presencia de al menos dos participantes comprometidos en conversar y, por tanto, escucharse con atención. Dialogar conlleva un esfuerzo conjunto por apreciar la voluntad y versión de cada parte. El diálogo ha de ser concebido como la relación directa entre interlocutores involucrados y dispuestos a compartir sus logos y a través de ellos asimilar interpretaciones distintas a las propias. Al respecto Paul Ricoeur considera que; “la condición primera del diálogo es que el otro responda” (2015:48).

Un monólogo, sea oral o textual, supone un ejercicio de ensimismamiento a través del cual se cancelan posibilidades a versión elaboradas por otros; no contribuye de forma alguna al establecimiento del diálogo. Sumirse y permanecer inmóvil en una visión cerrada, asumiendo la propia perspectiva como la única versión posible e incuestionable, cancela el contacto con otros logos y niega

las condiciones de diálogo. “Cuando no oigo, ni veo, ni entiendo; lo único que sé, es que aquí muere el entendimiento.” Este breve fragmento, extraído del campo poético, siempre abierto a la sinceridad, nos confronta con la incapacidad de dar sentido a cosa alguna. Sin posibilidad de escuchar y comprender cualquier ser humano se extingue. Al encontrarse aislado, e imposibilitado de conocer y reconocer lo que nos circunda, la tragedia avasalla al individuo que ha perdido contacto con quienes habrían de contribuir a esclarecer su propio mundo. Por esta razón se afirma que de la capacidad de entrar en diálogo depende “la verdadera humanidad del hombre” (Gadamer, 2010: 209).

De no encontrarse física o mentalmente impedido, cualquier ser humano a determinada edad puede percibir, atender y diferenciar los estímulos que provienen del exterior; sin embargo, atribuir a dicho estímulo un significado preciso atraviesa, necesariamente, por los códigos y compañía de otros. Aun cuando existe la voluntad y necesidad por relacionarse con otros, en las propias preconcepciones radica la primera barricada que impide lograr el entendimiento. En la capacidad de escuchar, observar y apreciar lo que otros dicen radica el reto capital e infinito de comprender las acciones y declaraciones ajenas como herramienta para esclarecer el sentido de las propias.

La conocida expresión diálogo de sordos suele aplicarse a interlocutores que, a pese a mantener vigente una conversación, en el fondo no demuestran su disposición a escucharse mutuamente y permanecen cerrados el uno para el otro. Aunque la situación resulte de aparente locución, los participantes crean una vana alternancia de monólogos que esquivo los argumentos que ofrece la contraparte, prevaleciendo en la escena un estado de rechazo e desinterés por la existencia de otras lecturas, mundos y

perspectivas. El fenómeno aparentemente comunicativo significa no solo el imperio y recrudescimiento de la soledad y egoicidad propia de cada sujeto, sino también la renuncia a salir de un mundo tanto hecho de sombras como de luces.

El poeta ruso Osip Mandelstam escribe, en su ensayo titulado *Sobre la naturaleza de la palabra*, lo siguiente: “He olvidado la palabra que una vez quise decir y, pensamiento sin voz, vuelve al reino de las sombras” (citado por Vygotsky, 2015: 277). El breve fragmento remite a la circunstancia personal, íntima, en la cual el extravío de nuestro logos conlleva la pérdida de la conciencia del ser al encontrarse impedido de realizarse por medio de las palabras. Nos enfrentamos así a la imposibilidad de externar y de comprendernos en tanto el pensamiento advierte la extinción de un fragmento significativo para la propia existencia y con ello de la historicidad que configura nuestra verbalidad.

El diálogo como ejercicio colaborativo orientado a lograr el entendimiento de los participantes no necesariamente supone de antemano arribar a determinados acuerdos. El curso del diálogo siempre está encaminado a vislumbrar y esclarecer las diferencias de las cuales se parte, tomarlas en cuenta para mantener un encuentro comunicativo y esclarecedor de las propias visiones que nos requiere ceder la palabra al otro. En torno al contacto colateral que por medio del diálogo establecen individuos pretendiendo lograr la reciprocidad, Octavio Paz escribe, en una mezcla de tono poético y filosófico, lo siguiente; “salir de mí, buscarme entre los otros, los otros que no son si yo no existo, los otros que me dan plena existencia, no soy yo, no hay yo, siempre somos nosotros” (1984:44).

Sin embargo, más allá de una naturaleza común entre los hombres Magali Méndez (2015) nos recuerda

que las condiciones que anteceden al diálogo suelen ser asimétricas debido, principalmente, a las diferencias culturales y sociales pre-existentes entre los participantes. En buena medida, el reto de dialogar radica en equilibrar y posibilitar el intercambio de logos diversos que desean ser escuchados y comprendidos más allá de sus condicionantes históricas. Para tal efecto, el recurso del diálogo no sólo ha de aproximar los diversos logos, sino también los distintos contextos en los cuales estos fueron fundados y dónde actualmente operan. Sin posibilidades de apreciar y representar el contexto del cual emergen los logos, no existe posibilidad real de comprenderles.

Esta comprensión de otras perspectivas supone necesariamente la capacidad de interpretar aquello que se afirma ante nuestra mirada como algo distinto, ajeno y lejano; algo que parece distante a nuestras concepciones y sin embargo nos es susceptible de interpretación. Conocerlo mejor nos hará conscientes de nuestras diversas maneras de interpretar.

6. La vía del reconocimiento

Ningún diálogo puede prosperar sin que los participantes anhelan el conocimiento y reconocimiento del otro. De acuerdo con la visión crítica y al mismo tiempo humanista de Axel Honneth (1997), todo ser humano se constituye en relación con otros y por tanto aparece en un medio intersubjetivo de interacción el cual exige pleno y mutuo reconocimiento a los actores involucrados. Aunque cada individuo es portador de una visión particular del mundo y de sí mismo, en la interacción social cada versión por muy particular que pueda resultar será influida por otras y más aun por aquellas que contradigan los argumentos centrales. Evidentemente el rechazo a otras ver-

siones se hará súbitamente presente en quienes aun no adviertan que las propias concepciones nos organizan y modelan interiormente y no pueden ser canceladas definitivamente sin deterioro de la subjetividad.

Los hombres, en tanto seres con noción propia de nuestra existencia, residimos en los escenarios confeccionados por la subjetividad, un estado donde la pretendida objetividad de las cosas del mundo termina siendo impuesta por quienes nos anteceden y por aquellos con quienes convivimos. Nuestras diversas realidades y visiones de la interacción cotidiana y bajo formulas que establece el lenguaje, hallan acomodos y nos conducen al encuentro humano y finalmente algún punto de contacto y entendimiento. En el plano afectivo “la exigencia de ser amado es la mayor de las pretensiones” (Nietzsche, 1994: 280).

Aunque proclamemos legítimamente el derecho a mantener vigentes nuestras perspectivas siempre seremos convocados, por razones de convivencia, al un mejor conocimiento y reconocimiento de las visiones elaboradas por otros; lo cual implica conferirles el mismo derecho para expresar sus interpretaciones y expectativas particulares. Por esta razón es que, únicamente en el diálogo propiciatorio del libre intercambio de ideas, aquellas representaciones y significaciones externadas entre los participantes pueden realimentarse algunas frente a otras estimulando la autocomprensión y el esclarecimiento de todo aquello que les acontece.

La ausencia de reconocimiento (ocurra ello en el plano familiar, social o cívico) afecta gravemente las relaciones entre individuos originando maltrato, estigmatización y discriminación, como otros fenómenos sociales que diluyen el sentido gregario y de mutuo entendimiento. Por el diálogo y el reconocimiento de las personas y la capacidad de subjetivación que les caracteriza, es posible ad-

vertir la existencia de un logos en desarrollo y dispuesto a explorar sus propios fundamentos. En esta acción cada participante requiere abrirse y luchar por mantener el reconocimiento de sus planteamientos valiéndose de las capacidades de interlocución y argumentación de que disponga. El respeto y la tolerancia hacia lo diferente o contrario a las propias concepciones, resulta indispensable para el propósito de amplificar y fortalecer las propias perspectivas. Como expresa Paul Ricoeur: “ser reconocido, si alguna vez acontece, sería para cada uno recibir la plena garantía de su identidad gracias al reconocimiento por parte de otros de su dominio de capacidades” (Ricoeur, 2005: 256).

En su relato titulado “Las dos Elenas,” Carlos Fuentes (1964) reflexiona la situación de encuentro con otros en los siguientes términos: “cada quien es lo que es y ya, lo interesante es ver qué pasa cuando estamos en contacto con alguien que nos pone en duda y sin embargo sabemos que nos hace falta y nos hace falta porque nos niega”.

El diálogo nunca podrá existir en condiciones unilaterales, el reconocimiento del otro y de las diferencias de origen constituyen una cuestión fundamental, no únicamente por motivos relacionados con la dignidad humana y su imperativo universal, sino principalmente porque del reconocimiento de unos hacia otros depende la existencia y liberación de los sujetos en cuestión. Ésta premisa prevalece implícita en toda acción de interculturalidad e intersubjetividad que sea consciente de las asimetrías que prevalecen infranqueables entre los hombres y pueblos, las cuales, como lo señala Gregorio Sauerwald (2013), de ninguna manera justifican las medidas o actitudes de exclusión o inequidad social que suelen alentarse por los grupos hegemónicos.

7. Lenguas y lenguajes

Dialogar exige entender aquello que se dice; implica un esfuerzo sostenido por aproximarse al sentido y significado de lo que cada parte expresa por medio de la palabra. En toda interacción en tono dialogante se afirman las posibilidades de inteligibilidad recíproca que ofrece un determinado lenguaje que ha sido dispuesto para tal efecto tomando en cuenta que “el lenguaje es el medio en el que se realiza el acuerdo de los interlocutores y el consenso sobre la cosa” (Gadamer, 2012; 462). A través de los lenguajes se instauran los modelos de comprensión del mundo que hacen posible su comunicación. La comunicabilidad aparece cuando los participantes hallan referentes en el significado y sentido de las palabras que usan logrando situarse en un horizonte común.

Toda lengua, en tanto sistema de comunicación, constituye un recurso vinculador que acompaña los procesos de socialización que tienen efecto en un determinado grupo humano, pues cada lengua es resultado de la historia de mujeres y hombres y la manera en que devienen sociedad. Por tanto, la historia que conocemos de una colectividad también es la historia de la lengua que da cuenta de un proceso cultural. Estamos hechos de lenguajes y cada lengua ofrece una manera exclusiva de pensar nuestra humanidad. En el lenguaje se revela la existencia del espíritu propio y común a los miembros del grupo, el sentido de las palabras empleadas nos aproxima a la conciencia de los interlocutores. Todos se afirman así mismos como principales protagonistas en sus representaciones, sin embargo, pocos advierten que al mismo tiempo “es la autoconciencia que es para otros, que es inmediatamente dada como tal y que es universal como ésta” (Hegel, 2003: 380).

Los lenguajes son la instrumentación del habla. Por medio del idioma y sus formas expresivas los hombres intentan aproximarse unos a otros configurando sentidos identitarios que aspiran a resultar comunes. Como afirmará Guillermo Humboldt en los inicios del siglo XIX; en la lengua se contiene el espíritu del pueblo que la practica y sólo a través de sus palabras sobrevive la cultura que alimenta la existencia de los colectivos.

La cultura traducida en lengua hace la vida de los hombres y la vida de los hombres forja la cultura. La cultura traducida en cotidianidad se convierte en el mundo de ser, haciendo posible el pensar. Por medio del lenguaje se crea pensamiento y por medio del pensamiento se llega a comprender que lo verdaderamente humano existe siendo lenguaje. Los lenguajes son fundamento de las culturas que liberan su potencial generativo, dado que “jugando fluye el espíritu creador del lenguaje constantemente de lo material a lo pensado” (Huitzinga, 2012; 17).

Cuando hablamos de lenguajes nos referimos a los múltiples y diversos recursos que emplea una lengua para manifestarse, ya sean estos gráficos, fonéticos o corporales. Lenguas y lenguajes posibilitan el despliegue de un mundo simbólico cuyas representaciones despliegan sentidos de vida. Las estructuras lingüísticas, “son puente que une el cerebro con la cultura” (Bartra, 2014: 41) y por medio de los lenguajes es que los seres humanos podemos transitar de un mundo a otro, mejor aun; de una cultura otra.

Al hacer uso de lenguas y lenguajes que nos son familiares por herencia cultural damos por sentado el entendimiento con nuestros interlocutores, pues comunicar conlleva adecuar la lengua al entendimiento de otros. Sin embargo, acontece que en el mejor de los casos tan solo hemos logrado aproximarnos a un estado de comprensión,

traducir lo que alguien expresa, aun el mismo idioma, no garantiza homologar el pensamiento de otros, sino únicamente representar en la conciencia algo parecido o cercano. En tal sentido “todo traductor es interprete” (Gadamer, 2012: 465) y es a través de la inexhausta interpretación de lo se nos dice, que el sentido de los actos humanos puede aflorar y orientarnos en el mundo que se comparte.

Pese a que lenguas y lenguajes contribuyen a decir algo también, por efecto de la censura subyacente en ciertos entornos sociales, donde imperan hegemonías nocivas, los recursos lingüísticos y las formas expresivas se ocultan sentidos o se propician la ambigüedad. Por esta causa y otras atribuibles al contexto y los individuos, no todo queda dicho, ni registrado en las palabras. Sin embargo, aceptemos que, en sentido estricto, “el lenguaje sólo existe en la conversación” (Gadamer, 2010: 203).

Los lenguajes y lenguas desempeñan un papel multifuncional en la vida de las comunidades, sirven a propósitos diversos y soportan modelos culturales y de comprensión del mundo. A través de medios y códigos socialmente establecidos los individuos difunden, intercambian, confrontan o fusionan sus diversas representaciones del mundo generando una esfera donde sus logos, visiones y argumentos se influyen, reafirman o niegan haciendo posible la comprensión de lo contenido en el lenguaje. Finalmente “se comprende una lengua, cuando se vive en ella” (Gadamer, 2012: 463).

8. El diálogo formador de identidades

El dialogo supone interacción comunicativa. La comunicabilidad constituye el factor vital del mundo gregario dado que posibilita la vinculación real que origina y mantiene la colectividad. Cuando el diálogo permanece a

través del tiempo y de acuerdo con María Palazón (2015), el sentido de pertenencia configura al colectivo y propicia la instauración de un sentido de identidad suficiente entre los sujetos involucrados en la relación comunicativa. El diálogo crea consonancias al interior del grupo y en la medida que el intercambio de perspectivas se intensifica es posible identificar los referentes que resultarán comunes y valorar aquellos que marcarán diferencias.

Ninguna identidad colectiva resulta definitiva o plena. De hecho, la afirmación de una identidad como cuestión que vincula, liga y hace idénticos unos con otros, siempre permanece matizada por criterios tendientes a negar la presencia de diferencias y particularidades notables. Es así que la identidad “puede ser vista como un enjambre de símbolos procesos culturales que giran en torno a la definición de un yo, un ego que se expresa primordialmente como un hecho individual, pero que adquiere dimensiones colectivas” (Bartra, 2014:11). Por tanto, el diálogo es creador de identidades al mismo tiempo que las identidades son impulsoras de nuevos diálogos.

El diálogo es posible gracias a que nuestras identidades no ocupan o saturan los espacios de nuestra conciencia y requerimos del contacto con más personas; contrario a ello, el diálogo resulta inviable cuando las identidades mantienen a los individuos encarcelados y sometidos a ciertos esquemas. Es por ello que somos capaces de advertir otras formas de pensar distintas, mismas que calificamos de compatibles o incompatibles con nuestros paradigmas. Las identidades constituidas nos inducen a dialogar con quienes suponemos pueden comprendernos mejor. Las identidades rígidas o que se encuentran delimitadas reducen significativamente el deseo de contacto con quienes expresan un logos diferente al suyo.

Cualquier ser humano enfrenta dificultades para dialogar con quien pertenece a otra cultura y hace uso de lenguas y lenguajes distintos que insinúan horizontes ajenos o desconocidos. Sin duda la pretensión de diálogo en tales condiciones les requerirá salvar importantes obstáculos a los participantes. Pero incluso en el propio medio cultural el diálogo no siempre resulta una empresa fácil; las recepciones diversas persisten y aunque puedan enriquecer hipotéticamente el coloquio no puede garantizarse una asimilación pronta y exacta, pues cada cultura y psique viste al mundo de realidades teñidas con distintas interpretaciones, siendo los humanos siempre configuradores de su mundo.

El diálogo incide en la formación de identidades alternativas a través de las cuales pueden configurarse perspectivas antidogmáticas, desprovistas de anhelos impositivos y a través de las cuales se manifieste la suficiente disposición de los interlocutores por asumir los retos que implica la interculturalidad.

9. La conciencia en diálogo

Según Roger Penrose (1996) la conciencia resulta factor indispensable en la comprensión del mundo. Esta acompaña al pensamiento permitiendo a los hombres conferir un sentido de realidad a su vida y a todo aquello con lo cual se entra en contacto, pero la conciencia no sólo refiere al estado de vigilia, sino que incluso “configura el proceso de conocimiento de la propia existencia” (Damasio, 2015: 241).

La conciencia, más que una capacidad innata y propia de la persona, implica la unificación y convergencia de un amplio conjunto de procesos cognitivos por los cuales cada individuo en su trayectoria social y cotidiana,

la noción y sentido de existir en un mundo que le posibilita estar en contacto con seres y cosas que se agregan a su vida.

Partiendo de su etimología, la noción de conciencia, cuyas raíces; con; significa reunión o convergencia y scire; la acción de separar, discernir o saber, sugiere un conocimiento compartido o bien del cual resultan participes varios individuos. La conciencia, por tanto, representa una entidad psíquica que, a pesar de constituirse de manera particular en cada individuo, expresa una complicación de la conciencia entre seres humanos. Más que un conocimiento compartido, la existencia de la conciencia alude a la capacidad de representar la propia vida reconociendo otras vidas; ello constituye una forma de saber de lo que acontece en lo individual pero también en el conjunto humano. Se trata de una visión que, por delimitar el egocentrismo, se torna inclusiva de una realidad fundamentada en el conocimiento e intercambio de visiones y experiencias diversas.

La conciencia, en la psicología social de David Myers (2005), es vista como la actividad psíquica que posibilita el conocimiento de sí mismo en relación con los entornos de vida, hecho que traduce al cerebro en un órgano social. Esta visión reconoce la capacidad integrativa de la conciencia orientada siempre a dar cuenta de los procesos y fenómenos que se suscitan y afectan a los sujetos en su vida cotidiana. A diferencia de dicha versión, otras perspectivas de corte psicoanalítico postulan que no todas las experiencias de vida permanecen en dominio de la conciencia de las personas y buena parte de ellas son omitidas, reprimidas o bien continúan alojadas en la inconsciencia un ámbito intrapsíquico profundo y oscuro, donde no sólo algunos, sino incluso la generalidad de los

seres humanos queda impedida de tener conocimiento y dominio de sus contenidos.

Se advierta o no, la conciencia se nutre y actúa a partir de aquello que permanece vigente ella. Es por medio de la palabra que la realidad puede ser representada y en tal sentido declara que; “el pensamiento y el habla resultan ser la clave para comprender la naturaleza de la conciencia humana” (Vygotsky, 2015: 324).

Más allá de la discusión científica suscitada por la Declaración de Cambridge (2012), en torno a la conciencia animal y los actos de crueldad humana hacia algunas especies, la conciencia del hombre moderno aparece como una entidad extremadamente compleja como resultado del proceso civilizatorio seguido por nuestra especie. La conciencia humana donde coinciden diversas perspectivas tanto filosóficas como psicológicas es resultante de la manera en que los hombres hacen contacto con la materialidad del mundo y el sentido que ello adquiere a través de las formas culturales imperantes que median sus representaciones. Es en la conciencia que las cosas del mundo adquieren legibilidad suficiente y al hacerlo confieren certeza de su existencia en tanto entidades con significado y sentido. Esta condición les permite a los hombres no sólo percatarse de lo que acontece sino orientar intencionalmente sus acciones de vida.

En aquello que llamamos conciencia radica cuanto se considera real e instaura el referente cardinal de las acciones de vida; aunque en el fondo se trate simplemente de una representación construida y compartida entre los miembros de un grupo. Siendo así, la vida humana se define por aquello que persiste en la conciencia. Entre los hombres trasciende aquello que permanece siendo algo relevante y forma parte constitutiva de la conciencia de quienes configuran el colectivo. Por ello Paul Ricoeur

apunta que la conciencia tiende a permanecer fuera de ella misma (en Changeux, 2001) dado que “la conciencia no es únicamente un Yo alojado en el cerebro, sino que incluye al entorno” (Bartra, 2014: 253).

La conciencia en tanto conocimiento adquirido de sí mismo, de los otros y del mundo circundante, implica aquellos procesos cognitivos que traducen las experiencias perceptuales, anímicas y racionales en un conjunto integrado de representaciones significativas estructuradas de la realidad. Al respecto puede afirmarse la existencia de una conciencia relativa a la manera de constituir la visión del mundo por efecto de las estructuras socioculturales y neurolingüísticas que integran a los seres humanos.

Suponiendo el correcto funcionamiento y el estado de salud que guarden los componentes biológicos propios, la conciencia y los procesos cognitivos asociados a ella pueden experimentar influencias externas que motiven perturbaciones que afecten su actividad y desarrollo. Ejemplo evidente de ello es la manipulación de sentimientos y deseos que los medios informativos pueden hacer sobre la audiencia a la cual van dirigidos.

Aunque se propusiera un funcionamiento estrictamente racional de la conciencia, lo cierto es que sobre ella inciden otros campos como el imaginario, el emotivo e intuitivo. Al modo propio de operar, cada uno de estos campos contribuye a la construcción de significados y sentidos que pueden o no compartirse con otras conciencias. Tal condición de mixturas impacta sobre el plano del lenguaje e influye en la traducción de las experiencias y matiza la dinámica comunicativa, aspecto que por su importancia se abordará páginas adelante.

Como hemos señalado, la conciencia refleja no solo la visión que tenemos de lo existente como cosa real, sino también el sentido que atribuimos a las cosas y a las

perspectivas de otros a partir de nuestra propia condición. La conciencia adquiere tantos modos de manifestarse como enfrentamos circunstancias y conclusiones extraños de las mismas. Nuestra conciencia siendo configurada en lo social, se dirige a entablar dialogo con otras conciencias.

La palabra conciencia suele ser empleada con perspectivas específicas, por ejemplo, se habla de conciencia individual, social, política, moral, de clase, institucional, étnica, histórica, global o ambiental. Otros usos resultan extraños y ambiguos cuando se alude a la conciencia frágil, falsa, laxa y errónea. El concepto por tanto remite hacia aquello que la fundamenta y se encuentra contenido en ella, sobre todo a lo que envuelve y confiere sentido a la existencia de un ser social, que proviene del pasado e influye en el presente. En opinión del compañero Enrique Aguirre la conciencia adquirida termina manifestándose en toda y cada una de las decisiones que lleva a cabo la persona.

Considerar la posibilidad de una conciencia social en la sociedad moderna, cuyas decisiones tengan como referente obligado el bienestar del grupo humano de pertenecía, evoca la antigua cultura griega y sus esfuerzos por impulsar la vida democrática dentro de las polis. En la ciudad griega aparece el desafío de una colectividad por lograr la convivencia política soportada en una conciencia pública. Cabe tomar en cuenta que también en esta cultura aparece el vocablo idiotas (proveniente de la raíz idio; propio) y que era aplicado a quienes se ocupaban únicamente de asuntos propios y mostraban indiferencia por el problema común. Idiotas resultaban aquellos que rehusaban adquirir o demostrar en los hechos una conciencia colectiva.

Ciertamente en la conciencia del individuo prevalece una perspectiva propia del mundo como una realidad total con sentido pleno. Sin embargo, aun cuando cada persona funde y mantenga decisiones y puntos de vista en su creencia y junto con ello persista en su empeño por objetivar y esclarecerse a su manera el mundo circundante, inevitablemente la conciencia permanece sujeta a limitaciones propias de la tradición y paradigmas teóricos y culturales que le constituyen y circundan. Por ello, más que empeñarse descubrir una verdad última, los dialogantes han de aspirar a ser conscientes de sus propios modos interpretativos, sus fundamentos y la manera en que éstos le permiten producir algún tipo de conocimiento. En el diálogo se desentraña el sentido de las significaciones implicadas y contribuye a desarrollar una conciencia colectiva. De modo paralelo se genera una autoconsciencia que vincula al sujeto social con el contexto histórico cultural en que se encuentra inmerso y lo torna consciente de las posibilidades de transformación de las circunstancias imperantes.

La conciencia social mantiene una relación estrecha con las estructuras sociales y las dinámicas cotidianas que prevalecen en los grupos; en particular aquellas que dominan el sector de pertenencia. Por este motivo la llamada conciencia social se configura a partir de las experiencias histórico socioculturales y la manera en que estas son interpretadas y recuperadas formando parte de un ejercicio dialogante.

Si en cualquier medio social existen dispositivos instituidos que configuran y condicionan la conciencia de los colectivos a través de los cuales se mantiene el estatus quo, generalmente dirigido a favorecer ciertos sectores podemos suponer la presencia de conciencias confinadas o adormecidas, las mismas que el marxismo denominó

alienadas. Éstas por las limitaciones que les son impuestas, se encuentran impedidas de arribar a la comprensión plena de todo cuando les acontece. La conciencia alienada es incapaz de cuestionarse su propia condición desde una perspectiva amplia, y por tal motivo no somete a juicio su modo de operar y menos aun advierte factores del entorno que le impactan. En estas condiciones de confinamiento, la conciencia alienada se ocupa inercialmente de reproducir condiciones que le han sido imputadas llegando a ser coadyuvante con el sistema imperante. Para los partidarios de una conciencia social liberada y autocrítica lo más cuestionable de una conciencia alienada radica en haber declinado al reto de comprenderse y saberse parte activa y por tanto actora de la historia.

En general, las corrientes del pensamiento social actual sostienen que los hombres requieren aspirar a una mayor conciencia de sí mismos y de su tiempo, una conciencia amplia sobre el estado que guarda la humanidad. Las perspectivas históricas reconocen que tanto individuo como colectivos forma parte del devenir humano; si bien son sujetos de fuerzas inerciales cada uno, encierra infinitas posibilidades de rectificar el rumbo de la vida humana y extinguir todo aquello que afecta y lastima la dignidad del ser humano.

La vertiente reflexiva que recupera la dimensión histórica y cultural de la vida social afirma que las posibilidades de diálogo entre los hombres aparecen como recurso fundamental orientado a mejorar el estado de conciencia social en los individuos en la medida que estos tienen mayor legibilidad de su realidad.

En tanto el diálogo pueda traducirse en un medio que propicie el intercambio de experiencias y perspectivas de vida, será posible la contrastación de las conciencias y los contenidos que las conforman, al asumir esta condi-

ción del diálogo se descubren y valoran horizontes propios y ajenos con un sentido de mayor comprensión de la especie misma.

El diferencial de conciencia entre interlocutores, contribuyen a un estado de reflexión capaz de sacudir creencias y concepciones que limitan el entendimiento. Si bien subyace el riesgo de que algunas versiones pretendan rivalizar e instaurarse como ejemplo de una conciencia superior y por ello desacreditar a otras, desde una perspectiva de interculturalidad ninguna conciencia tiene derecho a imponerse a otras como modelo a seguir, menos aun ha de asumirse como el umbral máximo y definitivo del saber humano. La pretensión de una conciencia absoluta, capaz de extenderse sin límites constituye una ficción creada por el pensamiento occidental y llevada al extremo en el film *Lucy*, producido por Luc Besson (2014).

El diálogo también constituye una vía de reconocimiento y armonización de conciencias cuando prospera y se traduce en práctica creadora, modeladora de la vida social. El fortalecimiento de la conciencia permite a cada hombre transitar del horizonte individual a un horizonte social e histórico en el cual descubre como ser integrante del colectivo y con suficientes posibilidades para definir el rumbo de su vida. La consciencia fortalece la autoconciencia y “la conciencia es el proceso de ser consciente de ser consciente” (Bartra, 2014: 13).

10. Debate de las ideas

Aun cuando exista voluntad, claridad y consenso entre los individuos para emprender el diálogo, resulta previsible que en medida de un avance en la dinámica de coloquio e interlocución, aquello que fundamenta las distintas concepciones se descubra y haga evidente las dife-

rentes maneras de interpretar y significar las experiencias de vida; al ocurrir ello será inevitable que las certezas y verdades configuradas por el individuo pues en ella sopor-ta su conciencia, conduzcan a enfrentar a los detractores.

Cualquier diálogo conlleva un estado potencial y latente de discusión. Discutir implica emprender el ejercicio dialéctico por medio del cual los actores involucrados sean capaces de externar argumentos y contrargumentos. Debatir significa incursionar en la fase de confrontación entre perspectivas que difieren en sus formas y contenidos.

Uno de los sentidos originales del diálogo se encuentra vinculado con la dialéctica (διαλεκτικός/dialectikós) técnica y arte de discutir las ideas que son contrarias en favor de algo verdadero o mejores síntesis. El diálogo traducido en debate, afirma la existencia y persistencia de diversos puntos de vista con argumentos contrapuestos, lo que implica el despliegue de logoi estimulados y replicados por otros logoi. En tales condiciones las posibilidades de diálogo dependen, como lo advierte Gadamer (2010), de la actitud receptiva de los oyentes y de su capacidad de escucharse.

Debatir en el campo de las ideas implica cuestionar y cuestionarse todo aquello que se dice en tono de afirmación. El debate impulsa al lenguaje hacia el ataque como defensa de las concepciones expuestas; argumentar en favor o en contra de ellas define las posturas ideológicas de los participantes cuyos testimonios tensan el diálogo hasta el grado que puedan evitar incurrir en necesidad. Debatir implica zarandear la relación comunicativa, lo cual pone en riesgo el sentido primario de apertura y reconocimiento inicialmente propuesto y aceptado por aquellos que pretenden dialogar. Debatir y contrastar la naturaleza de cada logoi requiere de madurez y pruden-

cia; sin tales atributos no es posible favorecer el encuentro entre visiones diversas y sí en cambio propiciar actos que evidencien el fanatismo y la cerrazón de los participantes.

Presenciar el debate entre diversos logos permite advertir la existencia de otras racionalidades, otros modelos y versiones de realidad, cada uno de ellos con argumentos y horizontes propios que dan cuenta de lo existente.

En la tarea de revisar y cuestionar argumentos propios de una y otra parte resulta fundamental, ser conscientes de limitaciones y condiciones interpretativas que prevalecen y se hallan entramadas con las circunstancias históricas y socio-culturales que actúan sobre el contexto.

El debate entre logos diversos constituye un estado de mutua provocación, básicamente orientado a vitalizar más que debilitar o extinguir a cualquiera de los interlocutores. Debatir supone ejercer el derecho a mantener y rectificar cualquier significado y sentido implicado en los principales argumentos que se exponen y configuran al diálogo. La acción de debatir supone un esfuerzo reflexivo y autocrítico, realizado en compañía de otros; un proceso en el cual resultará útil para cualquiera demoler las propias trincheras si con ello es posible edificar mejores moradas para todos.

Asumir el debate de ideas implica necesariamente fortalecer los argumentos, las posiciones propias, como también ser receptivos hacia los elementos y relaciones que, desde el otro extremo, se sugieren. Durante el debate han de resultar suficientemente legibles los planteamientos, propósitos y significaciones implícitas de las cuales dependerá la comprensión de las diversas perspectivas.

Cualquier debate genera fricciones en la frontera de los argumentos que intensifican la dialéctica entre un logos que niega lo que otros afirman. A pesar de tal esce-

nario, como si existiera una puerta para el entendimiento, ésta debe permitir tanto la salida como la entrada de argumentos de uno y otro extremo. Precisamente de este flujo bidireccional dependerá la no cancelación del diálogo por alguna de las partes y con ello la posibilidad de fortalecer la convivencia. En esta vía resultará necesario evadir una condición de falsa tolerancia que resulte infértil para cualquiera de los logos, dado que objetivo principal de la confrontación de visiones radica en la renovación de los distintos puntos de vista.

La diversidad de opiniones, más que la instauración de una versión única, constituye la riqueza y razón del diálogo. En opinión de Giorgio Colli, el diálogo, como proceso de intercambio, propiciado por varios interlocutores, presupone la expectativa de recibir “respuestas a cada enunciado dando por resultado un proceso imperecedero” (2006; 43). El fin del diálogo, como ya se señaló, no radica en propiciar un acuerdo definitivo, aunque el dialogo sirva en ocasiones para tal fin. El diálogo, aun sin arribar a consenso alguno, puede permanecer abierto y vigente por tiempo indefinido siendo condición que las partes emprendan un debate constante de sus ideas.

El debate se instaura, así como factor de búsqueda contigua encaminada a liberar la conciencia de sus prejuicios, o bien de aquellas ideas sujetas a intereses particulares que se resisten a ser enjuiciadas. El debate de ideas como estrategia de mutuo entendimiento requiere no extraviarse o derivar en dinámica de agravio y sí en cambio ha de recuperar, más allá de los momentos de confrontación que conlleva, el horizonte de significaciones implícito en un intercambio y cruce de horizontes orientado al enriquecimiento de las conciencias y sus posibilidades de interacción.

El percatarse de las fronteras que orientan y circunscriben las visiones propias y ajenas permite intuir el fondo de los argumentos y sentidos que nos constituyen. La conciencia entonces puede transitar de lo familiar a lo extraño, como de lo ajeno a lo propio, y con ello ser capaz de identificar y esclarecer sus sustratos y finalidades, no sólo a manera de diferencias conceptuales sino también como cambios estructurales. El cuestionamiento de cualquier esquema o planteamiento requiere continuar, no necesariamente de forma inmediata, hasta el grado de revelar los puntos críticos que lo hacen vulnerable y demuestran la fragilidad de su estructura original.

El diálogo traducido en debate induce a una situación de coaprendizajes donde la comprensión advierte la presencia de visiones particulares del mundo. Esta lectura plural sirve para transformar y enriquecer la historicidad propia de los participantes. Por tanto, de la permanencia del diálogo en términos de colaboración depende la actualizar argumentos y referentes entre los interlocutores y con ello lograr su presencia real, traducida en actualidad humanizada.

Por su trascendencia debemos reiterar: ningún diálogo o debate logra resolver definitivamente nuestras diferencias menos aún configurar un mismo logos; sin embargo, por esporádico o breve que pueda resultar un diálogo, bien sirve para esclarecer algunas de las dificultades que emergen para entendernos y resolver lo que afecta nuestra existencia. Evidentemente no somos, ni nunca seremos iguales, siempre hombres y pueblos distintos, pero el diálogo será siempre el medio más cercano a nuestra naturaleza, por recurrir a la palabra, que contribuya a esclarecer las diferencias y salvar nuestra condición gregaria.

El debate de las ideas ajenas adopta a la crítica y la traduce en un esfuerzo orientado a enjuiciar y poner en crisis los argumentos expuestos. Ciertamente el diálogo, para resultar provechoso en la versión de debate, requiere de actitudes sensatas y prudentes, que no emitan juicio ligeros ni precipitados. Criticar implica objetivar los hechos, fenómenos o cosas con el fin de superar la superficialidad e ingenuidad de nuestras interpretaciones; obliga a revisar los propios fundamentos, sus bases empíricas y cognoscitivas, los antecedentes y consecuencias, creencias y especulaciones. No existiendo un método para ello, criticar siempre resultará aventurado pero obligado para quien aspira a liberarse de errores interpretativos. La crítica aparece en el momento preciso, “no existe crítica sin objeto en cuestión y cada objeto de crítica requiere de cuestionamientos diversos” (Velázquez, 1994: 39-48).

11. Filosofías del encuentro en las palabras

Aunque en un primer acercamiento no parezca un tema novedoso, en los albores del siglo XX se relanza al pensamiento dialógico como un asunto crucial de la reflexión humanista principalmente a través de obra de filósofos austriacos que señalan las implicaciones ontológicas en las relaciones interpersonales. De este colectivo destacan: Ferdinand Ebner (1882-1931), Franz Rosenzweig (1886-1929), Martín Buber (1878-1965) y Emmanuel Levinas (1906-1995), de quienes requerimos destacar las proposiciones más relevantes en relación al tema que nos ocupa.

Según la propuesta filosófica de Martín Buber, somos siempre seres convocados a involucrarnos con el mundo y no a evadirlo. Cualquier mundo frente a nosotros no puede entenderse sin la presencia de aquellos que lo

comparten. El mundo que nos envuelve realmente lo hacemos habitable sólo en la medida que logramos instaurar visiones y valores que fundamentan una versión de vida constituida en la noción de colectividad. Entre los principales valores que contribuyen al sentido gregario Buber destaca el respeto, la solidaridad, la tolerancia, el amor al prójimo y la no discriminación.

En su obra *Ich und Du* (Yo y tú), Buber propone con firmeza la filosofía del diálogo. El diálogo, en Buber, fundamenta la vida comunicativa siempre que la interacción a que de origen tenga implícita la premisa a “la verdad”, entendida ésta como sinceridad y cancelación del engaño a los otros. Por este motivo Buber considera que durante el diálogo deba mantenerse vigente, por parte de los interlocutores involucrados, el compromiso indeclinable por mostrarse “verdades” unos a otros.

La verdad para el autor radica en no pretender engañar a nadie con palabras a sabiendas que toda comunicación constituye un evento intersubjetivo en el cual los participantes entrelazan sus logos. En efecto según Buber, cualquier palabra marca un sentido a partir del cual se direcciona la vida y que implica o no una intención deliberada por compartir nuestras experiencias. El dialogar, por tanto, requiere dar cuenta de nuestra condición gregaria, lo cual exige imprimir la mayor sinceridad y claridad a las frases empleadas. El valor del logos (palabra) se enseña y aprende en diálogo con otros. En el acto de dialogar se originan los triunfos y derrotas de nuestras creencias y saberes, al dialogar las aseveraciones de otros son asimiladas como experiencias positivas de vida. Por este motivo, dice Buber, en el medio educativo todo alumno requiere comprensión y cariño; en consecuencia, cada educador debe dar muestra de comprensión y suficiente humildad al reconocer sus propios errores.

En la perspectiva del pensador austríaco sólo el diálogo posibilita el encuentro real del ser humano con sus similares. El diálogo por tanto constituye un proceso donde cada ser establece contacto con seres distintos, lo cual significa alguien que no es, ni puede ser igual a uno mismo. Por tanto, dialogar constituye una experiencia personal por medio de la cual llegamos a ser conscientes de nuestro ego incluyendo, necesariamente, otros egos.

A pesar de que las nociones de “yo y tú” no garantizan ningún mundo común, si crean y expanden la posibilidad de un horizonte de entendimiento donde ambas entidades puedan ser y dialogar. Durante este proceso, de diálogo todo Yo logra salir de su estado distante de ensimismamiento y gracias a la vía del diálogo puede encontrar aquello que no es el mismo. Dada su extensión y profundidades todo diálogo opera como recurso alternativo de liberación al hacernos conscientes de las dominaciones existentes y que alimentan nuestros prejuicios.

Por su parte, la filosofía de Emmanuel Levinas advierte en el diálogo la posibilidad de “ser para el otro” y en consecuencia exige una vía de respeto hacia la alteridad. Su propuesta considera que toda definición del Yo atraviesa, ineludiblemente, por una relación con otros. Al reconsiderar la perspectiva del ser, Levinas considera que todo individuo es un ser para otros y que el hombre aislado e independiente de la gente es lo inexistente. Por tanto, todo humano existe junto a otros y son los otros quienes contribuyen realmente a su existencia. El hombre para Levinas existe y se manifiesta por medio de la palabra, pero la palabra que otros han formado en él.

Por medio de palabras se establecen y configuran las relaciones humanas en cada tiempo y lugar, pero son las prácticas comunicativas, que implican alteridad, las que exigen a los sujetos de su extrema soledad.

Levinas (2000) afirma que debemos a todos los hombres reconocimiento dado que sus rostros al enfrentarnos nos restituyen y cualquier experiencia nos conduce al encuentro de otros. Sin embargo, al encontrár con ellos, cara a cara, rara vez llegamos a ser conscientes de la cercanía y distancia que existe efectivamente entre ambos.

Desde la visión de Levinas, cada interacción nos hace existir en colectividad y nos permite advertir y configurar un Nosotros. El significado de Nosotros constituye una cuestión fundamental para el ámbito gregario por medio de la cual cada Yo se vincula con otros Yoes externos generadores de la condición social. El Yo de cada quién se define como resultado de los innumerables encuentros y desencuentros con otros Yoes.

En el campo de la literatura, Mijaíl Bajtín (1994) postula una filosofía del lenguaje por medio de la cual la condición dialógica condiciona y posibilita la coexistencia en el plano social. Según el pensador ruso la comunicación constituye una acción intencionada que acarrea suficiente responsabilidad a los dialogantes. Es por tanto que la condición ética, implicada en la interacción comunicativa, es el ingrediente que imprime valor a los argumentos que se despliegan y valida cada una de las palabras y sentencias. Dicha voz contribuye de manera sustantiva a la dimensión social de los sujetos.

El diálogo para Bajtín constituye la principal herramienta de socialización. Por medio de ella puede advertirse el estado que guarda la convivencia humana de un grupo y de la sociedad en un momento de su historia. En la manera de dialogar se expresa la conciencia del colectivo sobre el mundo que los sujetos son capaces de producir y compartir. El diálogo, por tanto, suele extinguirse justo en el momento que un logos se cierra o cancela por parte de los sujetos intervinientes; en cambio, se salva cuando

persiste el interés y priva el respeto por conocer y explorar otras versiones distintas a la propia.

El diálogo se define como una vía en dos sentidos y constituye una fórmula para evadir cualquier tendencia al monólogo. Quienes dialogan renuncian a imponer su palabra, es más la trasgreden y al hacerlo impiden el dominio de una sola versión que pueda considerarse conclusión definitiva sobre algo.

Dialogar existe como aproximación al sentido ajeno, al mundo foráneo que implica un alejamiento de las propias nociones, de los horizontes y territorios conocidos. Dialogar supone un esfuerzo por atreverse a incursionar en otros mares, situar las naves en aguas extrañas y encontrar en ellas la perspectiva de otros experimentado una sensación de extravío en el rumbo propio.

Ciertamente el pensamiento reflexivo constituye el componente fundamental de todo diálogo. Por este motivo los interlocutores requieren, una y otra vez, revisar los conceptos, significados y modelos que constituyen su visión del mundo. Este reflexionar conlleva un doble esfuerzo, primero el de ajustar las estructuras cognoscitivas a nuevos hechos y relatos, descubrir en ellas nuevos horizontes y segundo, con base en ello, revisar lo que fundamenta nuestras lecturas del mundo sus evidencias e incertidumbres.

12. Pensamiento y diálogo

Diálogo, partiendo de la etimología dia, en sus acepciones de división y reciprocidad, consigna la participación conjunta. Supone una acción acompañada que, en términos de coautoría, es perpetrada y complementada entre los involucrados. Igual sugiere la confluencia y alternancia de diversos logos; intercambio de palabras que en-

cierran visiones y configuran realidades donde cada visión produce un relato, construye un discurso que no sólo se desplaza entre individuos, sino que además abre e invita a compartir horizontes.

El diálogo contrasta logos que se sitúan unos junto a otros por argumentos que se entre cruzan y que articulan algunos significados y sentidos que debaten por hallar la forma expresiva que mejor los represente. Los argumentos en diálogo inspiran operaciones y tareas autoreflexivas de los participantes, porque a través de las mismas emergen las conciencias que soportan la vida social.

Al dialogar, los individuos comparten y confrontan sus posiciones filosóficas experimentando una conexión comunicativa que los vivifica. Es así como el diálogo traduce las operaciones lingüísticas en el mecanismo por el cual es posible compartir, intercambiar y debatir las perspectivas propias y ajenas. Dialogar es, finalmente, voluntad de escuchar y decir, un anhelo por abrirse a otros mundos. Sólo escuchando y observado cuidadosamente las sutilezas que emergen de horizontes distintos al nuestro es posible conocer otras realidades. A través de la palabra que narra la experiencia ajena, la conciencia emprende una búsqueda incesante del ámbito simbólico del cual emergen las representaciones, esfuerzo que permanece vigente hasta lograr el entendimiento.

Dialogar implica pensar junto a otros. Filosofar es una manera de pensar y dialogar en torno a la vida que se comparte. Pensar y dialogar supone la capacidad de integrar una parte del logos ajeno al mundo propio. Quien piensa y dialoga resulta un ser complementado por otros, un ser social realizado.

El diálogo nos descubre frente a otros como interpretes y al hacerlo nos convierte en seres con personalidad propia. Sin diálogo podríamos operar intelectivamente

más no constituirnos en una comunidad pensante. Por tanto, no podemos asumir ser académicos sin antes situar la conciencia en condiciones de diálogo con quienes saben escuchar y desean ser escuchados. En este propósito los pares siempre colaboran y hacen posible consumir la tarea intelectual. El diálogo académico supone incontables emisiones y recepciones sustancialmente asertivas y críticas, formulaciones que manifiestan lo que se piensa y la manera de hacerlo, una condición dialéctica en la cual se involucran los logos y conciencias.

13. Propósitos diversos y comunes

En la acción de dialogar no únicamente se propicia la interacción de palabras y argumentos, sino también de conciencias y modos de pensamientos. Es a través de la exploración de horizontes de comunicación que los interlocutores pueden participar de la construcción de una conciencia de naturaleza social (suficientemente esclarecedora de la realidad) desde la cual pueden orientarse y dar sentido renovado a sus acciones.

Aunque el individuo considera su propia presencia como punto de partida de lo existente y en base a ello justifica su prioridad y protagonismo, lo cierto es que la individualidad no resulta más que la concreción de un proceso amplio y fundado en la colectivización. Ningún ser humano puede considerarse como ser independiente de otros. Somos y representamos a la especie a la cual pertenecemos. Existimos gracias y a través de ella, sin embargo, las vivencias personales, siendo exclusivas, conducen a extrañar el sentido gregario original y con ello se alejan de un devenir en colectividad; es decir, se desvinculan artificialmente de aquello que trasciende el momento e involucra genética y psíquicamente a otros seres.

Configurar una conciencia gregaria implica no sólo reconocer los nexos que mantenemos con quienes convivimos cotidianamente, sino que exige ir más allá para advertir las condiciones de vida que enfrentan otros grupos humanos, mismas que son definidas por las estructuras y dinámicas sociales prevalecientes, de la cuales participamos. Ciertamente, para adquirir algún grado de conciencia social se requiere fortalecer las tareas interpretativas que en la práctica “iluminan las condiciones bajo las cuales se comprende” (Gadamer, 2012: 365).

Adquirir conciencia social presume darse cuenta que las propias circunstancias se ligan a las de otros; que las ventajas de unos implican dificultades para otros y que nada de la vida humana acontece sin tener repercusiones sobre su entorno. La conciencia social por tanto se apoya en la premisa bajo la cual el individuo no resulta algo separado del ente social. Como una célula forma parte de un cuerpo vivo, así cada persona constituye un conjunto humano cuya historicidad se encuentra en proceso de cambio y definición.

La individualidad, como ya fue señalado, constituye una experiencia relativa, que es asumida y compartida en los entornos que se configuran colectivamente. De ahí la pertinencia de las filosofías socializantes y humanistas que exaltan el valor del diálogo como formador de la conciencia histórica.

La conciencia no opera, ni se limita únicamente al ámbito del pensamiento; se manifiesta y existe realmente en los actos que dan cuenta de ella, en las tareas que proyectan su intencionalidad. Ser socialmente consciente de lo que se hace, implica darse cuenta del mundo que se comparte con otros y, en consecuencia, de las repercusiones que tendrán nuestras acciones sobre otras vidas. Bajo esta definición, sin duda juegan un papel fundamental las

tareas educativas instituidas en el seno de toda colectividad, tareas que configuran una vía por medio de la cual se constituyen los sujetos sociales. En las finalidades educativas puede apreciarse el sentido de formación que se inculca y el valor que se confiere a la colectividad, más allá de la exaltación de la individualidad y las capacidades diferenciales.

Con base en ello podemos afirmar que el esfuerzo por dialogar alienta el desarrollo de una conciencia humanista orientada a renovar las condiciones de vida que prevalecen en los colectivos. El coloquio, sea público o privado, requiere del compromiso de los interlocutores por escucharse, comprenderse y asumir que la historia únicamente puede ser definida por quienes rechazan vivir en la conformidad, de manera inercial, y en respuesta aquello que les indigna asumen la búsqueda de mejores horizontes para la mayoría.

14. Limitaciones del encuentro

A pesar que todo diálogo constituye un encuentro solidario y a la vez asimétrico en las palabras, la presencia física y personal de los participantes resulta una experiencia singular que no puede ser sustituida de manera alguna por la textualidad. El encuentro cara a cara trasciende los límites de la oralidad al incorporar en tiempo los aspectos anímicos, espontáneos y profundos que se ligan a la personalidad e historicidad de los dialogantes. Estos gestos y conductas matizan, enfatizan o contradicen aquello que los fonemas o grafemas afirman. En torno a ello el poema titulado Los ojos suelen desmentir a la boca relata: "Todavía creo que nuestro mejor diálogo ha sido el de las miradas. Las palabras, consciente o inconscientemente, a menudo mienten, pero los ojos nunca dejan de ser vera-

ces. Si alguna vez he pretendido mentir a alguien con la mirada, los párpados se me caen, bajan espontáneamente su cortina protectora, y ahí se quedan hasta que yo y mis ojos recuperamos la obligación de la verdad. Con las palabras todo es más complejo, pero aún así, si las palabras tratan de engañar, los ojos suelen desmentir a la boca." (Benedetti, 2007). En efecto las palabras no siempre expresan todo y en ocasiones reflejan de modo incompleto el estado interno, debilitando la confianza y franqueza de los interlocutores.

Cada palabra es manipulada por quien la adopta y puede servir como instrumento de engaño a quienes la recogen, aceptan o asumen en su literalidad. Existen no pocos discursos y argumentaciones al servicio de intereses velados; se trata de aquellos logos que a pesar de su atractiva y pulcra retórica no contribuyen a una comunicación plena, sino que, por el contrario, esconden sus verdaderas intenciones, originan interpretaciones erróneas y con ello propician el extravío y descrédito de las palabras y los ponentes. De acuerdo con Martín Buber (2000) sin un logos auténticamente arraigado en la veracidad y la certidumbre, el diálogo resulta inexistente, el entendimiento fracasa y la conciencia deriva en alejamiento.

A pesar de los usos limitados o perversos del lenguaje que confieren ventajas a sus autores, para Benedetti no todo resulta perdido. Las expresiones limitadas o frases disfrazadas no restan la posibilidad del contacto cara a cara entre los interlocutores, por tanto, más allá de la elocuencia y sonoridad de las palabras existen actitudes que caracterizan a los personajes en la escena real. Tal hecho contribuye significativamente a enriquecer y recuperar la experiencia del encuentro y ofrece lecturas que deben ser tomadas en cuenta.

A diferencia del uso de medios telemáticos, el contacto personal implica una conexión multisensorial y pluridimensional, llena de infinitas posibilidades que no puede suplantar la tecnología. Encontrarse en un determinado tiempo y lugar frente a otro, aun sin el uso de las palabras correctas, induce al diálogo; sea mímico, corporal, gesticular, kinestésico o anímico, re-significa el silencio y trascienden las posibilidades de olvido.

El silencio, señalan psicoanalistas, tiene mucho por decir. En lo que se calla residen múltiples consejeros como: el temor, la prudencia, la reflexión o la ignorancia. El silencio expresa algo, insinúa, genera tensiones y acompaña calladamente a las palabras, nos hace intuir sentidos ocultos.

Un discurso, al mismo tiempo dice algo, calla algo. En realidad, no todo resulta expresado y, por ende, no todo contenido puede dilatarse y menos aún adoptar una forma lingüística definitiva. Por ha de tomarse en cuenta las maneras alternas que nos permitan escuchar a otros. Junto con las palabras se enfrenta el problema de la estrechez y economía del lenguaje, aceptémoslo o no somos incapaces de contener toda la riqueza de sentidos y significados inmersos en las experiencias personales cuando nos empeñamos en compartirlas.

Predominantemente los encuentros que suscitan las palabras en la vida cotidiana suelen resultar ligeros, banales, ruidosos, simples comentarios que solo extinguen la angustia y el peso de nuestra soledad, pocas veces nuestros logos se comprometen, en condiciones de reciprocidad, a compartir las más recónditas y sutiles experiencias y con ello dar cuenta de las desatinadas, extrañas u osadas interpretaciones de que somos capaces. Pese a ello, la invitación a dialogar permanece latente en cualquier en-

cuentro, siendo el principal desafío aproximarse lo suficiente al otro para apreciar el mundo que le pertenece.

A fin de desmitificar la generación automática del diálogo a partir del encuentro concertado, consideremos por un momento y en calidad de ejemplo, la rutinaria consulta médica, donde el galeno se esfuerza en explicar al paciente los orígenes, implicaciones y gravedad de su mal. Esta charla, a pesar de esclarecer una problemática personal, la del paciente, no necesariamente implica la configuración de un diálogo; sin embargo, constituye finalmente un evento comunicativo. A diferencia de ello, la cita con el psicoanalista ofrece mayores perspectivas de diálogo entre paciente y el terapeuta, dado que el esfuerzo en favor del mutuo entendimiento se encuentra implicado en los motivos y finalidades de tal encuentro.

En efecto, el diálogo depende primordialmente de la capacidad de escuchar al otro, del esfuerzo tendente a aproximarse al significado de lo que se dice. Un desafío a través del cual la atención y reflexión dan seguimiento a cuanto proponen los emisores; sus referentes, contenidos y formas expresivas, así como la manera en que sugieren y apuntan a determinados horizontes. Cultivar el arte de escuchar soporta las capacidades dialógicas de cada interlocutor. Por el contrario, el intento por monopolizar el uso de la palabra y hacer valer el imperio de un discurso, cancela toda posibilidad de incursionar por los espacios del diálogo.

No siempre el diálogo garantiza el entendimiento de aquello que se expresa pues la palabra en uso puede propiciar la dispersión del logos e incluso la pérdida de sentido. El diálogo constituye un proceso sujeto a interpretaciones que se abren paso en territorios desconocidos; por este motivo, dialogar exige lograr una conexión tanto racional como anímica entre los participantes, una cone-

xi3n que pueda mantenerse vigente por todo el tiempo que sea necesario a fin de vislumbrar el saber del otro y con ello advertir aquello que estructura y confiere sentido a su realidad.

15. Di3logo y poder

Un aspecto que frecuentemente afecta a di3logo radica en el juego o ejercicio de poder que introduce o ejercitar alguna de las partes. El poder (entendido como efecto y capacidad de dominio, presi3n o control orientado a imponer una sola voluntad o lograr la apropiaci3n exclusiva de algo), supone una intencionalidad capaz de instaurar condiciones de supremacía y ventaja para alguna de las partes. Aquellos individuos o grupos que tienen influencia sobre otros, adquieren hegemonía y resultan dominantes; concentran y despliegan fuerzas que les permiten operar enérgicamente sobre su entorno social. El poder deriva en estrategia para la dominaci3n de otros y logrando su cometido es responsable de las asimetrías sociales.

El individuo o grupo que detenta el poder impone su visi3n del mundo a otros. La visi3n impuesta presupone un proceso de dominaci3n a trav3s del cual los argumentos que emergen desde núcleos hegem3nicos inhiben o cancelan los prop3sitos de di3logo orientados a cuestionar sus razones y fundamentos. Las ideologías imperantes evaden y cancelan vías de di3logo y con ello niegan las posibilidades de transformaci3n y el enriquecimiento de las perspectivas establecidas.

Los discursos del poder generalmente tienden a convertirse en versiones absolutistas, totalitarias y encaminadas a justificar y preservar el dominio que ejercen

sobre otros. Los totalitarismos originan logos enfermos de poder que son precursores de dogmatismos. Sus argumentos pretenden el ocultamiento de otras visiones y con ello vuelven invisibles a quienes no conceden derecho alguno a expresarse, mucho menos a empoderarse. Todo poder que se acrecienta impone una verdad y a la vez que apremia con negativas la existencia de otros horizontes y mundos.

La dinámica social contribuye a la confrontación de visiones y proyectos, cada sector sostiene y empuja una versión propia de la realidad que le favorece. Las diversas perspectivas emanan de condiciones concretas que envuelven la vida de individuos y el juego orientado al sometimiento siempre se encuentra presente en la reproducción del orden social imperante y la construcción de un orden sucesor. Cada perspectiva compite contra las demás en afán por expandir sus argumentos; ello deriva en ataque y rechazo tanto en la esfera pública como privada a otras versiones que contradicen los postulados. La disputa ideológica conlleva el descrédito de quienes son portadores de logos que implican mayores riesgos al sistema y son vistos como opciones amenazantes del orden imperante. La respuesta por parte de los sectores hegemónicos, por regla general, se orienta al rechazo y descalificación de quienes sostienen versiones contrarias o bien resultan disidentes al régimen y estructuras desde las cuales ejercen su dominio.

Sin posibilidad de diálogo entre individuos y grupos en oposición se recrudece el estado de temor al otro. En condiciones de desapego, las partes en conflicto prosperan sumergidas en un estado de cerrazón. Superar los cercos de exclusión, segmentación y empoderamiento requiere necesariamente procesos de crítica y autocrítica orientados a la deconstrucción del estado de dominio y

sometimiento imperante. En el fondo el reto radica en restablecer las condiciones que median la comunicabilidad social.

Disolver las diferencias que mantienen alejados a los individuos, grupos y sus significaciones conlleva a la destotalización de los discursos hegemónicos. La tarea encaminada a la renovación del orden instituido inicia por emprender la rectificación y vivificación de los logos confrontados y con ello poder amplificar sus posibilidades de interlocución. Esta vía de acción supone un esfuerzo comunitario encaminado a destotalizar y deconstruir las estructuras que concentran poder y en su lugar abrir espacios de reflexión y diálogo que impulsen y desarrollen una conciencia social superior.

II. El sentido de lo académico

16. El origen de la academia

El término academia suele asociarse con asuntos de orden escolar, educativo y docente. Sin embargo, la palabra griega Hekademia nos recuerda el título con el cual Platón bautizó a su morada filosófica en honor al héroe griego Akademos; personaje singular al cual habremos de referirnos.

Los versos y cantos de la Ilíada, constituyen narrativas extraordinarias que, junto con la Odisea, forjaron la identidad de la cultura griega en sus albores. Los versos atribuidos a Homero constituyen un discurso fundacional por el cual la historia se fusiona al mundo mítico que vitaliza la época clásica, lo cual no puede ser considerado un asunto menor, dado que “en todo mito encontramos una figuración de la existencia” (Huitzinga, 2012: 16) y el origen de los pueblos y las organizaciones sociales.

Más que una simple leyenda sujeta a la tradición oral que distorsiona los hechos se requiere asumir que “toda consciencia mítica es siempre un saber” (Gadamer, 2012: 341). Al aceptar dicha premisa podemos afirmar que el mito, para el mundo antiguo y de acuerdo con Hugo Bauza (2012), constituye una vía razonable para recuperar la realidad como totalidad dado que la imaginación contribuye a instaurar una visión más amplia de lo sucedido.

La narrativa de la Ilíada reúne y alterna la vida humana con la voluntad de los dioses, en la trama dos personajes resultan cruciales: Helena y Aquiles. Helena; mujer de inconmensurable belleza, origina un grave conflicto que provoca la guerra entre griegos y troyanos.

Aquiles, por su parte, representa al héroe portentoso: guerrero de cualidades físicas y morales extraordinarias que es obligado por su honor y las circunstancias, a enfrentar una situación que le llevará a ofrendar su vida.

Helena, hija de Zeus, máxima deidad del mundo griego, adquiere desde su origen múltiples atributos y significados. Según alguno de los mitos más difundidos su padre celestial, transfigurado en Cisne, sedujo y embarazó a Leda, esposa de Tindareo rey de Esparta. De tan extraña cópula Helena nace de un huevo lo mismo que su hermano Polux. El nombre Helena suele traducirse como; antorcha o luz, destello que brilla en la oscuridad y que se asocia al ser que resplandece e irradia al mundo su encanto de origen divino.

Tal como narra la leyenda debido a su hermosura Helena despierta gran admiración ente la gente y el deseo carnal entre los hombres más valerosos al grado que Helena será raptada y sustraída por Teseo, héroe ateniense, quien sustrae a Helena del territorio espartano con ayuda de su amigo Pirítoo. Esta leyenda cuenta que ambos condujeron a Helena a la ciudad de Atenas donde el pueblo al enterarse de su origen espartano, se negó rotundamente a recibirla en las polis. Ante el reclamo de su gente Teseo decide esconderla en Afidna, región situada al norte de Atenas, en casa de Etra, madre del héroe.

La acción de Teseo motiva el repudio de la comunidad ateniense a lo que considera conducta impropia de uno de sus miembros distinguidos y que de ninguna manera amerita tolerancia y complicidad por parte del colectivo. Ante el hecho los habitantes de Atenas consideran que la responsabilidad ha de ser asumida únicamente por aquello que la propiciaron.

Ante el éxito de su empresa, cuenta la leyenda, Teseo decide conseguirle pareja a Pirítoo: quien se siente

atraído por Perséfone, otra de las hijas de Zeus. Tan misteriosa mujer, de acuerdo a la mitología griega, se relaciona con los dominios del inframundo dado que su nombre significa “la que lleva a la muerte”. Sin temor alguno, Teseo y Piritoo consideran viable poseer a las hijas del máximo Dios, motivo por el cual desafían el orden cósmico y optan por situarse más allá de los límites sociales establecidos.

Mientras Teseo y Piritoo sustraen a Perséfone, el hermano de Helena, Polux, junto con los dioscuros, cercan la ciudad de Atenas con el propósito de vengar el agravio al soberano de Esparta. Sin embargo, justo en el momento en que está por declararse la guerra entre Esparta y la emblemática Atenas, aparece en escena Akademos, valeroso personaje, quien a nombre y en bien de todos los atenienses, enfrenta a Polux y los dioscuros para aclararle, cara a cara, que los atenienses no son responsables del rapto de Helena; por el contrario, desde el primer momento desaprobaron la acción de Teseo y Piritoo. Akademos resulta ser quien aclara y evita la muerte de inocentes, informa de forma precisa a los más indignados que Helena ha sido resguardada en Afidna.

El diálogo que Akademos sostiene con los emisarios espartanos disuelve la amenaza y esclarece lo sucedido. Su intervención resulta por demás oportuna, las extraordinarias cualidades de su logos, contribuyen a salvar la vida de quienes nada deben o tuvieron que ver con las decisiones erróneas y precipitadas de Teseo y Piritoo. Akademos en tal sentido representa el valor, como la sinceridad de quien actuar oportunamente y es capaz de explicar lo acontecido. Su palabra franca evita la acción injusta. El héroe Akademos, sin afán de complicidades opta por exponer la razón suprema que salvaguarda al pueblo. Ante el silencio y temor que priva en la escena su prota-

gonismo resulta indefectible. Akademos asume el riesgo de confrontarse con una perspectiva contraria, acusadora y enardecida, confiando en aquello que sabe y puede compartir. Su valentía procede de una naturaleza ética que hace directamente responsables a los actores involucrados, al tiempo que libera a los inocentes de subsanar errores de otros. Akademos representa un logos orientado a preservar la paz y liberar las conciencias de malos entendidos.

Desde otra lectura posible Akademos constituye un nombre compuesto, integra las raíces griegas: Ekas y Demos cuya significación sugiere “alejarse del pueblo”. Ciertamente el personaje enlaza un hecho histórico con una leyenda mítica. El logos (palabra) y la acción oportuna y certera de Akademos, aleja aquello que amenaza y su acto evita la matanza de inocentes por lo que su poder de convencimiento contribuye a preservar la paz entre Atenas y Esparta.

Sí Platón, hombre de gran sabiduría dedicó su escuela de pensamiento a la figura de Akademos y no en cambio a la memoria de Sócrates su principal tutor, u otro pensador importante de la época, quizás se deba a las cualidades y méritos que el filósofo reconoció en el héroe, así como el significado que su legado confiere a la comunidad estudiosa. Un dato digno de tomarse en cuenta es que la Academia de Platón se hallaba fuera de la ciudad de Atenas, en un jardín de olivares junto a la supuesta tumba del héroe Akademos.

El mito de Akademos abona a una comprensión inicial de la academia y por consiguiente lo académico en tanto encuentro con la verdad y diálogo entre quienes piensan distinto, siendo cuestión concerniente a un grupo reflexivo que participa de experiencias argumentativas. Lo académico por tanto supone hacer uso del logos con el propósito de configurar una comunidad dialogante. Ser

academia implica generar un saber orientado a proteger a los hombres justos y librar al pueblo de amenazas. Con base en ello postulamos que el sentido de lo académico radica en el propósito de dialogar y situar los hechos en su justa dimensión esclareciendo las situaciones que los hombres enfrentan, precisando los motivos, causas y consecuencias implicadas en los actos humanos.

De ser correcta la tesis los intelectuales que asumen el espíritu y ejemplo de Akademos, los académicos, se obligan a compartir y sustanciar su logos, dinámica que conlleva tanto a revisar las propias nociones, como explorar y comprender otras perspectivas, situando el quehacer y la vida propia en su contexto social y con ello aceptando otras maneras de entender las cosas del mundo.

La academia, en tanto institución fundada por Platón, constituye un hito en la historia del pensamiento occidental encaminado a dialogar y realimentar las perspectivas de los participantes. De dicha comunidad surgiría pensadores de la talla de Aristóteles, quien, a pesar de sus concepciones, decidió permanecer formando parte de la Academia hasta la muerte de su maestro.

En opinión de afamados historiadores y filósofos, la atinada organización del trabajo intelectual en la Academia logró sistematizar el saber de su tiempo y con ello “contribuyó a reflexionar la relación del pensar con el lenguaje” (Dilthey, 2013: 50). La Academia destacó entre las escuelas del periodo por el valor que confirió al uso de la palabra entre los miembros de su comunidad como un recurso de reflexión junto a otros.

En diálogo aconteció y abrazó la vida intelectual de la Academia. Su finalidad o no se limitó a la oralidad elocuente, sino más bien favorecer la reflexión profunda y la construcción de una visión propia del mundo. Dialogar en la academia, en tiempos de Platón, constituyó una

práctica gregaria encaminada a vivificar la conciencia y el reconocimiento entre los participantes. Lo académico por tanto radica en practicar el arte de la conversación abstraída y dispuesta a debatir en favor de nuevos y mejores conocimientos.

Dialogar con fines académicos supone emprender reflexiones rigurosas, creativas y al mismo tiempo prudentes que, lejos de descalificar visiones contribuyan a revisar cuidadosamente su origen y alcances. La vida académica inspira a la apertura de nuevos horizontes de comprensión cuando los pensadores están abiertos al diálogo y el trabajo intelectual se orienta a explorar las posibilidades de todo conocimiento.

17. Atributos del diálogo académico

El diálogo académico renueva los afanes universitarios. A través del diálogo se realiza el ideal universitario instaurado en el anhelo de entendimiento y colaboración entre los miembros de la comunidad que ejercita la razón e incita a la renovación del logos.

Cultivar el diálogo académico es asunto crucial para todos aquellos que personifican las instituciones educativas y científicas debido a que por este medio pueden salvaguardar los objetivos coligados al desarrollo de la conciencia reflexiva involucrada con el devenir humano y la manera en que el conocimiento dignifica y expande la vida.

El diálogo en ambientes académicos instituidos prospera principalmente entre quienes comparten y debaten ideas y modelos interpretativos en condiciones alternantes. El propósito compartido para examinar argumentos y vislumbrar horizontes de reflexión resulta de gran

valía cuando, más allá del encuentro en la palabra, los dialogantes dan constancia de sus logros y logran despertar interés, en otras generaciones, para emprender ulteriores desarrollos. Dialogar por tanto en tono académico implica ampliar la comprensión del mundo permaneciendo abierto al descubrimiento o construcción de mejores interpretaciones.

El diálogo académico existe siempre como posibilidad frente a los pares. La voluntad de las partes le descubre como recurso de entendimiento e intercambio haciendo el mejor uso posible de la palabra. Dialogar hace legible la propia existencia y las propias perspectivas quedan expuestas en cada logro. Por medio del diálogo los participantes trascienden sus dominios y limitantes, se liberan del silencio impuesto y se permiten tender puentes hacia otros mundos y sentidos. Cualquier palabra, aun no siendo concluyente, mantiene vigente la presencia de quien la formula y le confiere certezas, dado que todo conocimiento aclara el camino y posibilita entender algunos fragmentos de cuanto acontece.

Dialogar constituye un esfuerzo constantemente interrumpido por las dinámicas sociales; sin embargo, cada diálogo constituye una práctica inexhausta, como imprescindible para la construcción del sentido histórico-sociocultural de toda colectividad. Por insignificante que parezca el momento en el cual se dialoga, los interlocutores trascienden su individualidad y adquieren conciencia de su pertenencia a un mundo compartido y con ello a una colectividad pensante.

La condición de diálogo resulta vital e indispensable para todo académico; sin embargo, en ninguno caso resulta empresa fácil de mantenerse con propósitos renovadores. El diálogo académico, incluso en universidades prestigiadas, constituye un fenómeno comunicativo de ti-

po intermitente cuyo desarrollo requiere necesariamente de actitudes y capacidades maduras y afines.

La identidad académica suele adquirirse y reafirmarse por medio del diálogo dado que compartiendo las experiencias y los conocimientos entre pares se descubre el sentido liberador de la comunidad universitaria. Por el contrario, el abuso de las figuras retóricas, la propagación de visiones dogmatizantes y la mitificación de la erudición conducen a traicionar las posibilidades fecundas del diálogo.

El diálogo académico exige que el curso de la palabra no evada, ni deforme la realidad aludida por los participantes en tal sentido exige a los interlocutores dilucidar las circunstancias que los ciñen a fin de entender de mejor manera el mundo en que sitúan y sus conjeturas.

El coloquio conlleva a reflexionar gradualmente lo que se dice, más aún ante temáticas novedosas o ajenas, medida que resulta necesaria e equiparable a probar los frutos desconocidos imaginando las raíces que custodiaron y sustentaron su existencia. Como parte del esfuerzo por entender todo ha de ser tomado en cuenta; cada cosa, por minúscula que parezca, contribuye a la comprensión y cada diálogo sostenido aproxima y afirma un determinado ser en el mundo que expande y renueva su visión de las cosas, como también de sí mismo.

Entre los atributos que caracterizan al diálogo académico destaca la apertura de la episteme involucrada de cada como resultado de la concurrencia de versiones divergentes. Esta posibilidad implica el despertar de perspectivas críticas dispuestas a enjuiciar los argumentos propios y ajenos. Es así que el diálogo académico prospera en la revisión de cuanto fundamenta nuestros modelos interpretativos y sirve, veladamente, como marco de referencia a los argumentos que, junto con las formulas del

lenguaje, confieren sentido y significación a los hechos reales.

18. La comunidad universitaria

La universidad, más allá de formalidades y circunstancias administrativas, representa la casa del pensamiento en diálogo. La universidad implica una forma de socializar y alentar la búsqueda de la verdad entre quienes realizan coloquios emplazados a renovar el conocimiento y fortalecer la conciencia. Para cumplir cabalmente con su finalidad, los universitarios requieren alentar el ejercicio de las libertades académicas como son la libertad de expresión que sustenta la cátedra y otras no menos importantes que ponen de manifiesto el aprecio que cada comunidad confiere a su logos.

El estado del diálogo académico que prevalece en cada espacio universitario resulta un factor crucial que debiera revisarse cotidianamente por los interlocutores: estudiantes, profesores o investigadores, debido a que el mismo les afirma o no como comunidad pensante. No existe vida académica sin diálogo, ni diálogo académico que no contribuya a fortalecer el sentido de las comunidades universitarias.

Grave infortunio es que impere en los ámbitos institucionales dinámicas que trastocan y lesionan el diálogo académico, como son las acciones tendientes a con- finar las visiones en formatos irrefutables. Las prácticas reduccionistas de igual manera propician el aislamiento y descontextualización de los objetos de estudio, a tal grado que el distanciamiento de los campos disciplinares contribuye a negar las posibilidades de diálogo y las posibilidades de convergencia intelectual entre los universitarios. Po tanto la tendencia a individualizar y segmentar los in-

telectos impide avanzar, también, en favor de la configuración de estructuras comprensivas y dialogantes que confieran sentido social a las tareas universitarias, siendo que la toma de conciencia radica en esclarecer la manera en los hombres descubren ser cultura y especie a la vez. Por tanto, cada comunidad universitaria existe realmente en el estado de diálogo que prevalece en la sociedad académica y demuestra su probidad en las repercusiones de su elocuencia sobre sus principales cometidos.

El diálogo académico junto con el trabajo científico y los principios humanistas fundamentan las actividades universitarias, por esta razón, en la medida que se inhibe el diálogo en las aulas, se vacía también el sentido de ser universitario. La academia desvanece por la injerencia de intereses ajenos; es decir, por actos que afectan su desarrollo y trastocan el avance de las labores universitarias. Los dispositivos y mandatos administrativos al maniobrar más allá de los espacios de gestión convierten a la universidad en escuela o empresa.

La universidad egregia radica en la comunidad pensante que emerge de la sociedad y por ello representa su mayor logro ético e intelectual. Para asumir sus tareas académicas, los universitarios requieren capacidades interpretativas y dialogantes que imposibiliten subordinar su pensamiento a causas sórdidas. Por el contrario, los académicos tienden a empeñarse en propósitos notables, radicados en la búsqueda incesante de la verdad, tareas que desde sus orígenes se encuentran orientadas a producir y compartir el conocimiento.

En el meritorio encargo de crear y expandir conocimientos, ninguna institución universitaria puede considerarse el único modelo a seguir debido a que nunca, en caso alguno, logran concluirse los procesos reflexivos y dialogantes. Incluso en universidades modestas, con re-

cursos materiales limitados, por vía del dialogo y la colaboración entre los académicos, resulta factible la realización de trabajos notables y trascendentes. El diálogo académico prospera en el ámbito universitario advirtiéndolo la gravedad de la realidad que envuelve la vida humana.

19. Identidad académica

El formar parte de la universidad plantea a todo académico el desafío por apropiarse de su identidad colectiva e histórica. El ser académico supone asumir la universidad como símbolo vivo, ingresar a una sociedad insaturada en ideales culturales de escala planetaria. La universidad, en tanto comunidad pensante, resulta una sola; ciertamente con diversas expresiones sociales y geográficas, pero finalmente constituye un mismo ámbito, cuya tradición de trabajo intelectual perennemente incorpora a individuos y comunidades decididos a colaborar con reflexiones y acciones que los trascienden. Como símbolo gregario la universidad propaga e infunde aspiraciones de sabiduría y sentidos humanistas entre sus miembros, cualidades que contribuyen a renovar, en el plano social, la visión del mundo y la vida.

Las actividades intelectuales se resignifican en la universidad en la medida que cada individuo impulsa los fines y lleva a cabo los quehaceres propios de la institución; de esta manera cada persona adquiere realmente la condición de académico. La universidad existe a través de quienes la encarnan y llevan a cabo sus principales cometidos. Cada universidad es comunidad docta que se unifica por medio del trabajo intelectual compartido y que hace responsable, a cada uno de sus miembros, de cultivar su

pensamiento, dialogar con los pares a fin de acrecentar las ciencias y difundir las obras más significativas.

Todos los que habitan la universidad la conocen en la medida que recorren sus áreas de trabajo y realizan sus fines. Los académicos saben que no es posible laborar inercialmente o bien permanecer en total conformidad con los esquemas de pensamiento que prevalecen; por el contrario, el espíritu universitario incita al cuestionamiento y búsqueda de mejores horizontes de entendimiento y adecuadas faenas e intervenciones en el mundo.

Si bien la identidad se compone de múltiples referentes culturales, los cuales suelen ser adoptados por los individuos como parte de sus procesos de socialización, también conlleva voluntad y esfuerzos encaminados a conectarse con las funciones sustantivas, por tanto, la identidad universitaria y académica resultante en cada caso se traduce en un factor diferenciador que confiere personalidad a cada sujeto.

El estado del diálogo académico resulta un factor determinante para valorar y comprender las identidades colectivas que favorecen el encuentro de perspectivas diversas. Por medio de las palabras, sean dichas o escritas, la condición de diálogo produce el trabajo intelectual que conforma y orienta a la comunidad universitaria. El profesor o investigador que dialoga con sus pares, motiva a seguir su ejemplo y contribuye a fortalecer el sentido comunitario sustentado en la práctica de impulsar logros abiertos a otros logros, dado que aceptar otras maneras de pensar complementa y vitaliza las propias visiones.

20. Las perspectivas universitarias

La reflexión en torno al diálogo académico sustancia la presencia de la universidad en el plano cultural y

confiere sentido social al quehacer de sus integrantes. El ámbito institucional establece formas de trabajo individual que no necesariamente derivan en actividades intelectuales conjuntas, por tanto, la disposición al diálogo favorece el sentido de las interacciones generadoras de verdaderos ambientes académicos.

Desde nuestra visión actualmente rivalizan dos modelos universitarios con propósitos y estructuras diferenciables. El primero; concibe a la universidad como simple asociación de profesionales y expertos ocupados en impulsar las tareas intelectuales que les han sido asignadas. Su principal consigna les requiere elevar la productividad de sus tareas optimizando la jornada de trabajo convenida. Esta visión constituye una vía eficaz para integrar múltiples capacidades y dar respuesta a los encargos institucionales. La asociación de académicos que resulta de ello genera las experiencias colectivas necesarias acordes con las finalidades instituidas. En este modelo la vida académica no pasa de ser una interacción programada, rutinaria y con propósitos delimitados. Los productos resultantes, en su mayoría, culminan al ser elaborados dado que no pretenden continuidades, ni repercusiones significativas en los ámbitos externos.

La otra universidad se configura en la dimensión institucional destinada a ser comunidad pensante. Tal posibilidad implica, entre los académicos involucrados, instaurar un sentido más profundo de gregarismo donde impera el compromiso de co-aprendizajes e involucramiento progresivo en los procesos de generación y divulgación del conocimiento. Esta versión propia del colectivismo universitario trasciende los límites laborales circunscritos al trabajo ordinario y condicionado por la paga por una jornada, en un espacio determinado. El espíritu de comunidad implícito en esta variante logra transferirse de una

generación a otra originando tradiciones intelectuales que prescinden de los moldes institucionales.

Aunque nos hemos referido de forma sucinta a dos modalidades extremas entre las cuales existe una amplia gama de agrupaciones académicas que hacen visible a la universidad, nuestro propósito es diferenciar dos enfoques de trabajo académico que instauran sentidos diferentes de colectividad. Ser universidad; como asociación de profesionales o comunidad de pensamiento supone acuerdos y convicciones de naturaleza diversa. Cada modalidad despliega formas de trabajo y dinámicas propias; en el caso de la asociación de profesionales soportadas en criterios de eficiencia a corto plazo distintas de una fraternidad científica que labora en torno a ideales y horizontes de largo aliento. El surgimiento de una tercera vía capaz de responder a las situaciones del mundo actual y salvaguardar tradiciones de pensamiento continúa siendo el reto abierto a los núcleos universitarios.

Pese al formato institucional que pueda establecerse, la universidad persiste como utopía social en tanto promesa sostenida por quienes pretenden avanzar compartiendo sus reflexiones. Se trata por tanto de ser garantes y partícipes de una tradición milenaria interesada en revisar y renovar filosofías, teorías, modelos y procedimientos en todas las áreas del conocimiento, por esta causa la universidad es apreciada como el medio por el cual la conciencia histórica socio-cultural y hace partícipes a los pueblos de sus mayores logros.

De la quimera social que trasmite la universidad derivan perfiles académicos, científicos y humanistas que inciden en los programas de formación y que representan la manera en que los académicos interpretan la realidad que les atañe y que les conduce a proponer cambios en los entornos. La acción universitaria en tal sentido incide tan-

to en la eficiencia laboral como en el fortalecimiento de la conciencia social. Por ello los auténticos universitarios terminan siendo quienes asumen que ningún hombre es primero y nadie puede resultar el último en acceder y hacer uso del conocimiento.

21. El diálogo en el trabajo académico

El diálogo entre universitarios históricamente se encuentra implicado con el trabajo académico. Aunque el trabajo académico adquiere diversas formas de oralidad y textualidad su ejecución integra tareas intelectuales de naturaleza diversa, tanto a nivel individual como colectivo, tales como: lecturas, reflexiones, cuestionamientos, formulaciones, cálculos, experimentos, hipótesis de trabajo, indagaciones, análisis, síntesis, esquematizaciones y demás que implican el dominio de los lenguajes y formas expositivas propias de cada disciplina.

El diálogo entre pares crea el mundo intelectual de la universidad. Ambas entidades conforman la unidad que se traduce en el fin y medio por el cual se articulan; pensamiento, experiencias y realidades que son interpretadas y debatidas por los participantes. En la medida que el trabajo académico y el diálogo se acrecientan y retroalimentan mutuamente la vida universitaria se torna plena, lo cual contribuye, significativamente, al avance del conocimiento; por el contrario, cuando dichas tareas se desarticulan o reducen sus vínculos de afinidad, la universidad tiende a desvanecerse como colectividad y con ello sentido de universidad se extravía.

De forma artificiosa e inercial en el medio universitario se continúa segmentando el trabajo académico en las tres funciones principales: la docencia, que promueve el diálogo educativo; la investigación que implica un diá-

logo entre expertos y la extensión universitaria que pugna por el diálogo externo y cercano a la sociedad no ilustrada. Ciertamente, las tres funciones remiten, necesariamente, al trabajo académico asociado, sea ésta entre académicos consolidados o en proceso de formación. Es por tanto que la docencia implica transferencia del conocimiento, la investigación la generación del mismo y la extensión su propagación en los entornos sociales.

El advenimiento de la era global y del libre mercado ha propiciado, al interior de las universidades, que las tareas de vinculación y gestión aparezcan como actividades institucionales ineludibles. Sin embargo, el involucramiento de los académicos en tales funciones propicia el dilema de establecer algún diálogo entre pensamiento reflexivo y mentalidades sujetas principalmente a finalidades e intereses económicos y políticos. Considérese para tal fin que los universitarios no pueden subordinar el espíritu académico, menos aún su reflexión crítica, a los dictados capitalistas contrarios a los fines superiores que persiguen sin extinguir su responsabilidad social.

Los universitarios permanecen tenazmente convocados a procurar el diálogo que conceda mayores iluminaciones a sus tareas y que esclarezca las circunstancias que enfrentan, condición que les implica situar la conciencia académica en el centro de las reflexiones más pertinentes y trascendentes para su cometido. Es así como la conciencia ha de situar y definir al ser colectivo universitario en su contexto ámbito donde, inevitablemente, se debaten múltiples racionalidades ante las cuales la universidad manifiesta su pertinencia histórica.

El diálogo académico preserva y enriquece la cultura y de esta manera contribuye a fortalecer la identidad propia como la de con quien interactúa. La reflexión dialógica al avanzar propicia que las versiones regionales se

confronten con la globalidad hegemónica, discurso que promete resolver a la periferia las necesidades del presente, negando las condiciones provenientes del pasado.

Es por medio de diálogo académico y del trabajo gregario que se produce la conciencia social y científica en la universidad. El intercambio de ideas posibilita la comprensión y autocomprensión del sentido que adquiere la comunidad pensante ante su devenir histórico socio-cultural. A través del diálogo se aproximan mundos disímiles en afán de comprenderse y del encuentro de perspectivas alternas emergen horizontes inéditos y la expectativa de explorar otros caminos.

El trabajo académico siendo fortalecido a través del diálogo con perspectivas éticas y realistas, aún en condiciones distantes impulsa a los universitarios a formular proyectos colectivos verdaderamente comprometidos con la sociedad y la vida humana. En la responsabilidad social que asumen los académicos radica el humanismo que les cualifica y afirma en los hechos.

22. Modos del diálogo académico

El diálogo entre académicos, a diferencia de otros coloquios, se establece y desarrolla partiendo de argumentos científicos y filosóficos. Se trata de dos modos o lenguajes diferenciables y al mismo tiempo complementarios que soportan la reflexión entre los universitarios. Estas dos modalidades del diálogo, científica y filosófica, al integrarse activan, desde diversas posturas, procesos de pensamiento capaces de situar el logos de los sujetos en condiciones propicias para su revisión e incesantes reformulaciones.

El modo científico del diálogo académico, en lo particular, tiende a exaltar los recursos lógicos y explica-

tivos que fundamentan las experiencias sensoriales, vinculadas con la vida corporal. En tal sentido este modo se ocupa del análisis minucioso de los hechos, el registro de los datos, la identificación de patrones, mediciones y modelamientos de realidades concretas a partir de las cuales se pretende obtener el conocimiento veraz o que mejor representa la naturaleza y materialidad del mundo. El modo científico responde principalmente a los cuestionamientos del qué y cómo de las cosas demarcando los fenómenos de interés y que afectan la vida humana.

El modo filosófico, por su parte, induce a la reflexión íntima, trascendente y al mismo tiempo circunstanciada que integra los aspectos: valorativos, históricos, emotivos, creativos, éticos y comprensivos que fundamentan la existencia y confieren sentido personal y gregario a la vida. Esta versión argumentativa induce al sujeto, en tanto ser pensante, a examinar los argumentos ontológicos y epistemológicos implicados en los procesos de conocimiento y respuestas tentativas a las interrogantes coligadas a quiénes, y para qué.

Las filosofías auténticas no se ocupan de prescribir el mayor número de argumentos especulativos, menos aún implantar vías de escape de la realidad, dado que filosofar implica ofrecer una respuesta tentativa a la interpección de lo real desde el sentido que guía la propia existencia.

El logos de los académicos de manera sutil oscila entre el modo de pensar científico y el filosófico. Esta condición dual permite a los interlocutores enfocar de manera real y multidimensional las cosas y apreciar con base en ellas los diversos aspectos, implicaciones y relaciones que cada ser y grupo pensante guardan con las cosas comunes del mundo.

De la composición resultante de ambos modos de pensar, el científico y el filosófico, depende que el diálogo académico pueda asumir cabalmente o no los cuestionamientos, señalamientos, conclusiones o acciones más pertinentes para la vida de los actores involucrados. Por el contrario, separar de manera deliberada y anticipada ambos modos de pensamiento, debilitaría el quehacer académico- universitario y tornaría confusa la razón que sustenta las capacidades reflexivas. Importante es considerar que el pensamiento filosófico, “hace surgir al hombre como conciencia” (Ricoeur, 2015: 52).

Mientras la perspectiva filosófica extiende y apertura el diálogo al concebir el logos como entidad activa e inexhausta, la ciencia tiende a concretar y delimitar el diálogo en formas específicas que condensan todo cuanto se sabe o puede llegar a saberse sobre cosa alguna. Es así como el diálogo se desplaza y sobrevive en el medio social alimentado por la razón, los valores y la imaginación de los participantes. A través del diálogo se desplazan visiones del mundo que afirman o niegan la existencia de las cosas, como también aquello que podrían llegar a ser.

23. Dinámicas institucionales

En general los académicos son conscientes de la tradición de pensamiento que resguarda la universidad. Los coloquios universitarios que motivan la participación de voces diversas permiten mantener vigente la utopía cultural que ampara el mundo intelectual universitario. De esta manera los actuales académicos llegan a asumirse como el eslabón de una cadena de esfuerzos intelectivos que fortalece, en el marco de la historia institucional, la conciencia que se edifica en torno a propósitos superiores que no culminan en los objetos o en horizonte alguno. Los

académicos a los que nos referimos entienden que cuanto saben no les pertenece del todo y que su búsqueda y esfuerzo intelectual contribuirá a que las generaciones por venir dispongan de mayores y mejores conocimientos.

La vida universitaria enseña que lo académico nunca es una tarea definida de antemano, ni para siempre. Los académicos laboran arduamente haciendo que el pensamiento científico-filosófico prospere incesantemente y en favor de otros. Lo importante de su actividad, sí se advierte, radica en avivar y fortalecer la conciencia que permite comprender y comprenderse mejor para continuar interpretando el mundo y junto con otros hacerlo más habitable, garantizando las condiciones materiales y culturales que favorecen y dignifican la vida humana.

Los universitarios consideran el diálogo recurso vital de sus tareas cuando descubren, en la interacción comunicativa, un medio a través del cual pueden amplificar sus capacidades y renovar perspectivas. A pesar de ello dialogar no constituye una meta en sí misma, menos aún una vía que confiera certeza absoluta sobre cosa alguna, dialogar simplemente es necesario para quienes aspiran a tomar conciencia de la propia conciencia y de su posición en la historia, por tanto, al conversar está en juego la oportunidad de incidir en devenir del mundo en el cual la propia existencia se inscribe.

Los académicos al ser conscientes de sus compromisos sociales y radicados en la misión universitaria se constituyen en la expresión real de la institución; son, finalmente, la universidad. Los grandes académicos colaboran con la utopía de lograr una mejor humanidad y hacia tal propósito encaminan sus esfuerzos diarios. Los verdaderos académicos cultivan la razón al tiempo que expanden su conciencia y alientan mejores formas de pensar y modos de convivir. Ser académico les exige situar las co-

sas más allá de las coyunturas económicas y políticas para vislumbrar un mundo más satisfactorio, solidario y humanizado.

Mantener vigente el diálogo académico en los ámbitos universitarios no resulta tarea fácil dado que el diálogo, en ambientes institucionalizados, suele confundirse con ejercicios retóricos y supeditarse a los protocolos y actos rituales. Por efecto de las estructuras jerárquicas y el culto a la erudición que prevalece entre los universitarios aparecen discursos oficiales que inhiben o sustituyen el diálogo académico y que terminan afectando el rumbo del trabajo científico. Los discursos que merodean los ambientes institucionales suelen estar al servicio de hegemonías instauradas o bien en desarrollo, y por lo mismo se traducen en visiones y codificaciones que no admiten ser cuestionadas por la sociedad académica. Es así como las tareas institucionales permanecen sujetas a objetivos externos que implican un control político-administrativo muchas veces contrario al propósito de alentar el pensamiento autónomo y la reflexión crítica.

Para evitar la pérdida del sentido crítico, el coloquio entre universitarios requiere articular el trabajo académico con los hechos y situaciones relevantes que emanan de la realidad social y que constituyen su mejor referente. Este propósito obliga a considerar los cuestionamientos cruciales implicados en las tareas universitarias como son: quién define el trabajo académico, quiénes condicionan el diálogo, qué vínculo existe entre labores académicas y dinámicas sociales.

La sociedad académica al habitar la universidad suele ser afectada por coyunturas políticas y económicas que emergen del entorno social. Las directrices gubernamentales y la dinámica de los sectores productivos trastocan el proyecto académico hasta el grado de subordinarlo

a objetivos y temáticas ajenas al espíritu universitario. Actualmente la globalización capitalista ha ceñido al sistema con nuevos requerimientos logrando desplazar el sentido propio de la comunidad académica a través de la exaltación de los méritos y logros individuales que inciden sobre cuestiones productivas y de corte funcional, una dinámica contraria al trabajo colaborativo trascendente y autocrítico.

El modelo centrado en la producción de patentes y artículos arbitrados más allá de sus meritorias aportaciones propicia, en los ámbitos académicos, se acentúa la noción de autoría, liderazgo y prestigio intelectual sobre la formación de colectivos comprometidos con una perspectiva sociocultural. Sin duda la lógica del sistema capitalista promueve el individualismo y su exaltación, como una vía ególatra que continúa avanzando en los ámbitos universitarios, disuadiendo a los académicos de emprender tareas gregarias que reafirmen su compromiso social. En condiciones que favorecen el individualismo se extingue la circunstancia de ser comunidad universitaria.

Careciendo del diálogo académico que verdaderamente articule y confiera sentido a las actividades intelectivas, las universidades se transforman en centros de habilitación, ámbitos donde prevalece cierta laboriosidad, actividad alienada y distanciada de la realidad social, agrupamiento de cuadros incapacitados para comprenderse y comprender su contexto, los cuales al ser incapaces de conquistar sus propios entornos dejan de ocuparse de la construcción de óptimos futuros favorables para su auto-desarrollo y convivencia pacífica. Al dejarse cautivar por las quimeras del sistema económico, los universitarios olvidan que interpretar supone emprender una rescritura de la propia realidad.

24. Ecología de conocimientos y saberes

La universidad durante el último siglo se ha convertido en un espacio social abierto y propicio para el encuentro de las disciplinas científicas, tecnológicas, humanísticas y artísticas. Con ello las diversas formas de pensamiento y manifestaciones culturales provenientes de cualquier tiempo y lugar del mundo acrecientan sus posibilidades de interacción y síntesis. La mayoría de las universidades, tanto en sus programas educativos como de investigación y extensión, ofrecen un panorama amplio de aquello que la historia de la humanidad ha dado origen. Tal condición de pluralismo sapiente y aproximación de visiones constituye uno de los principales insumos para el diálogo académico.

Comprender a través del diálogo, reconocerse como sujetos históricos, supone lecturas compartidas en torno a diversas realidades, experiencias enriquecidas por las palabras y la conciencia de quienes están dispuestos a examinar cuanto la vida tanto ajena como propia ofrece. El esfuerzo compartido por lograr la conversación inspiradora contribuye al entendimiento que se apoya en otros logros. Dialogar supone explorar y revisar las diversas perspectivas del mundo, visiones que pueden complementar y conformar un escenario cognoscitivo en el cual todos los participantes pueden acercarse un poco más a la verdad. Aludimos al diálogo que libera el poder transformador de la palabra, que intercambia mensajes sólidos y veraces, sentido que fecundan y renuevan los puntos de vista prevalecientes. El diálogo académico, más allá de su calidad argumentativa, demuestra la empatía existente entre los interlocutores.

Al asumir que la universidad es territorio dispuesto a ser ocupado por múltiples saberes y sentidos no im-

plica alentar un relativismo extremo por medio del cual toda interpretación resulte cierta y lo equívoco prevalezca. Por el contrario, la condición basada en el diálogo académico induce necesariamente a la revisión y contrastación de los diversos modelos de racionalidad que determinados logos se manifiestan y que inducen a cuestionar las implicaciones, alcances, límites y capacidad de los argumentos que cada posición ofrece. Tal empresa requiere ahondar en la deconstrucción de los marcos interpretativos, así como avanzar en la construcción de puentes cognitivos que permitan realimentar las diversas visiones, filosofías y disciplinas que por el momento permanecen distantes.

Aunque resulte sugerente la idea de conocer y confrontar las visiones existentes, ciertamente persisten diferencias estructurales para cumplir con tal propósito debido a que los esquemas y paradigmas, desde su origen, responden a lógicas particulares y hasta proscrites. Recordemos que el mundo que vemos, es en buena medida resultado de la visión que lo sostiene.

El espíritu académico domina entre los profesionales que aspiran a saber más sobre las cosas que les interesan. El estado de conocimientos de cada persona configura sus horizontes y expectativas de realización intelectual. El dominio de diversas lenguas contribuye de manera significativa a sus propósitos; sin embargo, saber más no siempre garantiza un pensamiento más lúcido debido a que tal cualidad depende de la capacidad de comprender las situaciones y actuar en consecuencia. La tarea primordial de los académicos, por tanto, radica en interpretar adecuadamente los contextos y dialogar con quienes muestran interés y se ocupan de realizar tareas intelectuales afines y similares.

Los académicos instigan a sus pares a dialogar para comprender mejor, intuyendo que la acción de com-

prender contribuye a comprenderse en la situación y al comprenderse es posible adquirir conciencia sobre el devenir personal y sus posibilidades existenciales. Interpretar las situaciones de vida conlleva múltiples lecturas que trascienden la dureza de los hechos, reflexionar induce a revisar no sólo lo acontecido, sino también cuanto fundamenta nuestras certezas. Por esta razón, el ser académico forja una visión filosófica en tono a las necesidades y condiciones históricas que prevalecen e influyen en la humanidad y en sí mismo.

25. Realidad y pérdida del sentido académico

El objetivo principal del diálogo académico radica en alentar el acto de pensar y situar la conciencia social próxima a las tareas universitarias. El propósito no siempre logra realizarse en las instituciones debido a la subordinación del trabajo académico a mandatos ajenos a sus verdaderos cometidos, menos aun cuando se confiere prioridad a la concentración de poder y riquezas materiales justificando las desigualdades sociales. Por otro lado, saturar de falsas promesas el presente cancela las posibilidades de diálogo solidario entre la comunidad académica y el resto de la sociedad.

Al favorecerse el trabajo intelectual individualista y acrecentarse el monólogo textista, los académicos se convierten en rivales o bien en seres desconocidos unos para con otros, lo cual les hace incapaces de colaborar en proyectos comunitarios y carentes de protagonismo. Al actuar de forma aislada los intelectuales se privan de la experiencia del dialogo académico y con ello de reconocerse como colectivo universitario. En condiciones de competencia y egoísmo extremo se abate el espíritu académico solidario.

Rindiendo culto a la personalidad y atribuyendo autoría exclusiva a los autores de los desarrollos científicos que son acreditados, se ha venido constriñendo las condiciones de diálogo en los ambientes universitarios. En la medida que cada individuo asume su proyección como tarea primordial del quehacer académico se diluye e imposibilita, entre los miembros de la sociedad universitaria, la posibilidad de adquirir conciencia en torno a la misión histórica implícita en el proyecto sociocultural a su cargo.

Actualmente el diálogo académico en muchas universidades se encuentra en crisis. La situación se profundiza en la medida que los académicos renuncian a la posibilidad de interactuar con pares en el afán de complementar sus perspectivas. En condiciones de ocultamiento e indiferencia hacia los demás, el sentido de ser académico se extingue y con ello, quienes se asumían agentes de transformación resultan, finalmente, incapaces de transformarse a sí mismos. La ruptura del diálogo académico se extiende al instante de rehuir el encuentro con quienes cuestionen y complementen nuestras visiones.

Renunciar a las prácticas que deterioran el sentido y la dignidad de ser académico involucra no sólo superar el aislamiento cognitivo y curricular de las disciplinas científicas y los modelos conceptuales, implica además restaurar el significado y sentido de las comunidades y su inserción en el contexto inmediato.

Actualmente México carece del proyecto educativo y científico que verdaderamente impulse y renueve sus ámbitos económico, político y cultural. En este escenario incierto, un esporádico diálogo académico transcurre y agoniza al interior de nuestras universidades sin que los principales actores muestren interés en cambiar el rumbo de las cosas.

Las políticas educativas como también de ciencia y tecnología, continúan atomizando los esfuerzos intelectuales y constriñendo las posibilidades de alentar un diálogo cohesionador entre académicos; tal hecho deriva en una competencia inútil, estéril en cuanto a sus repercusiones sociales, que no avanza hacia un proyecto integrador que contribuya realmente a transformar la realidad nacional.

La exaltación del trabajo individual, ceñido a las actividades editoriales y de registro de patentes han venido acentuando el aislamiento de grandes intelectos que, más allá de esporádicos reconocimientos a los autores, sólo ha provocado el desvanecimiento de las capacidades universitarias.

Los principios liberales al posicionarse de los ámbitos universitarios conducen a devaluar los valores gregarios lo cual termina afectado el diálogo académico y el desarrollo de las capacidades colectivas. Las mejores competencias al no ser compartidas se traducen en actos de dominación y prepotencia de unos individuos sobre otros y como peculio institucional están condenadas a extinguirse.

Ciertamente la crisis institucional que padecen los universitarios forma parte de la crisis cultural que vive el mundo actual. Tal escenario continúa subordinando las relaciones y expectativas humanas al libre mercado logrando que la competencia individual, fundada en el enriquecimiento material y la ampliación del consumo, se traduzca en un factor de perturbación y daño a la vida social.

El mundo global, campo de acción donde el capitalismo mundial segmenta al trabajo y estandariza los saberes profesionales, impone también condiciones ventajosas para los sistemas productivos y administrativos. Los dictados de racionalidad económica se imponen y extien-

den a las organizaciones que participan en las diversas fases del proceso de ensamblaje de las mercancías que sobrevienen en modelos operativos a través de los cuales se limitan e inhiben las posibilidades de diálogo y debate ajenas o contrarias a su cometido sistémico. En tal sentido una de las sociedades afectadas de manera colateral por el proceso racionalizante ha venido a ser la universidad pensante.

Ante el contexto de libre mercado y capitalismo de información, como le denomina Frank Schirrmacher (2015), el principal reto para la universidad, en tanto colectivo, radica en rescatar la conciencia entre los académicos haciendo uso de los recursos dialógicos. Se trata, por tanto, de recuperar y enriquecer la tradición de pensamiento reflexivo centrada en el sentido extenso de la vida y la convivencia humana. Por desgracia, el modelo administrativo que se ha instaurado propicia la sumisión de los actores y desestimula el cuestionamiento sobre los procesos que lesionan la dignidad humana. Es así que las universidades van paulatinamente desconectándose de asuntos primordiales o bien que implican compromisos trascendentes con el acontecer social y al hacerlo abandonan su papel activo en favor del bienestar de la colectividad.

Aunque los esquemas de organización de las universidades públicas no debieran obstaculizar la participación e interacción de los académicos, menos aún anular sus contribuciones críticas, en la actualidad han tendido a controlar su dinámica y regular sus iniciativas. Por el contrario, los programas académicos con proyección social requieren espacios de diálogo entre los universitarios a fin de dilucidar el papel de la institución en cada momento.

América Latina siendo resultado de múltiples colonialismos ha permanecido fiel a los planteamientos de cambio provenientes del exterior. Esta mentalidad que in-

fluye en sus sociedades hasta la fecha continúa impulsando actitudes de desprecio hacia el conocimiento propio y su potencial para la construcción del futuro, como ejercicio de autodeterminación.

Al parecer uno de los errores recientes de México radica en haber entendido la globalización exclusivamente como un proceso mercantil; por ello las soluciones aplicadas benefician principalmente a los sectores competitivos o bien aquellos que tienen claridad suficiente de los mecanismos que pueden garantizarles su enriquecimiento y por tanto relegan de perspectivas encaminadas a favorecer el trabajo cooperativo y la apropiación colectiva. Los intereses personales y de grupos compactos continúan privando y sacrificando las aspiraciones de la mayoría.

A pesar que la escena institucional mexicana se mantiene sujeta al sector público, los últimos gobiernos han venido adecuando las cosas en favor de los grupos empresariales; en especial aquellos vinculados con capitales extranjeros. En consecuencia, los grupos dirigentes no dan muestra de interés mayor en que las universidades puedan inmiscuirse en la definición de un proyecto nacional que corresponda a las expectativas sociales. Al respecto incluso podría afirmarse que, a la mayoría de los políticos y líderes empresariales, los académicos les estorban y por este motivo han optado en los últimos años por alejarlos de la toma de decisiones importantes, incluso de aquellas que les resultarían competentes.

La lógica libre mercantil en las últimas décadas se ha apoderado de la brújula universitaria marcando el norte en torno a las metas de eficacia y competitividad. Varias voces han manifestado su reclamo, tal es el caso de la líder estudiantil chilena Camila Vallejo (2011) quien sentenció, ante el mundo, que “el gobierno de los empresa-

rios busca poner broche de oro a la privatización total de la educación superior”.

La economía global continúa siendo eficaz al concentrar el capital de manera desmedida en pocas manos como lo denuncia Thomas Piketty (2014), proceso que ineludiblemente continúa provocando mayores condiciones de desigualdad social en el mundo. Particularmente en el contexto mexicano, el proceso de sobre-enriquecimiento ocurre a la par de las prácticas de corrupción y deterioro de la vida institucional. Para encubrir el abuso y aminorar el daño quienes controlan el sistema han venido desplegando esquemas paliativos a través de los cuales se ofrecen dádivas a la población con el fin de cooptar la voluntad de los menos favorecidos. En un escenario que no deja de ser dramático, el pueblo mexicano sobrevive de los remanentes que le dispensa el libre mercado a cambio de mantenerse al margen de una participación mayor y definitiva en el sistema que le controla.

Como la vieja película que se exhibe incesantemente, la gente común busca involucrarse con eventos colectivos e institucionales para ver resuelta de alguna manera sus demandas, dado que mantiene viva la esperanza de qué algo, aunque sea lo mínimo, le caiga de arriba. Se trata de participar de algún modo en el reparto de los sobrantes del mundo global. De esta manera el grueso de la sociedad vive sujeta al corto plazo, atendiendo los requerimientos del día a día, haciendo evidente una existencia a la deriva. Ser cunado menos algo a través de formar parte del colectivo cuya mentalidad renuncia a definir y resolver por sí mismo su mundo dado que únicamente le está permitido configurar un destino de miserias. En esta condición, incluso los académicos, quienes presumen haber sido dotados de razón, viven también aspirando y disfrutando las compensaciones sociales y al hacerlo van dejan-

do de lado el interés por establecer un diálogo verdadero con sus pares que pueda liberarlos y hacerlos artífices de un escenario más digno para todos.

Por lo expuesto hasta aquí resulta urgente recuperar el sentido social del ser universitario y, con ello, la cualidad de ser comunidad pensante, academia constituida bajo la perspectiva del diálogo instigador y con un sentido autocrítico. Como lo señalará acertadamente Jacques Derrida “la universidad ha de ser el lugar en que nada quede resguardado de ser cuestionado, ni siquiera la figura actual y determinada de la democracia; ni siquiera la idea tradicional de crítica” (2002:14).

El esfuerzo conjunto de los nuevos académicos radica en retomar el curso de la reflexión abierta y acrecentar el valor de la cultura, como asuntos que pertenecen a todos y que constituyen el punto de partida para el dominio de futuros desarrollos. En tal sentido el auténtico diálogo académico pugna por la apertura del horizonte propio y al mismo tiempo compartido con otros, un futuro con mayores posibilidades de transformar las estructuras que condicionan y lesionan la vida social, posibilidad que se acrecienta en la medida que los colectivos logran ubicarse en el mundo que les atañe.

La suma de voluntades en torno a la revisión de lo que fundamenta las visiones y que permite descubrir sugestivas coincidencias constituye la fórmula a través de la cual es posible anclar toda disciplina a la realidad. Al ser conscientes de la propia historicidad, como de los horizontes comunicativos implicados con su quehacer, los académicos logran transformar a la universidad en algo más que una institución que los congrega. En la búsqueda del sentido académico encuentran que dialogar conlleva a dignificar la palabra, buscar el entendimiento junto a otros, emprender esfuerzos con otros encaminados a es-

clarecer y configurar los escenarios que permitan verdaderamente humanizarnos.

Bibliografía

- Bajtín, Mijaíl (1994). El método formal en los estudios literarios. España. Ed Alianza.
- Bauza, Hugo (2012). Qué es un mito. México. Ed. FCE.
- Bartra, Roger (2014). Antropología del cerebro. México. Ed. FCE.
- Benedetti, Mario (2007). Buzón de tiempo. España. Punto de Lectura.
- Bordelois, Ivonne (2005). La palabra amenazada. Argentina. Libros del Zorzal.
- Buber, Martín (1993). Yo y tú. España. Caparros editores.
- Buber, Martín (2014). ¿Qué es el hombre? México. Ed. FCE.
- Colli, Giorgio (2006). Zenón de Elea. México. Ed. Sexto piso.
- Changeux, Jean P. (2001). La naturaleza y la norma; lo que nos hace pensar. México. Ed. FCE.
- Damasio, Antonio (2015). Y el cerebro creó al hombre. México. Ed. Planeta.
- Dennett, Daniel (1969). Contenido y conciencia. España. Barcelona. Ed. Gedisa,
- Derrida, Jaques (2002). La universidad sin condición. España. Ed. Mínima Trotta.
- Dilthey, Wilhelm (2013). Historia de la filosofía. México. Ed. FCE.
- Gadamer, Hans G. (2012). Verdad y método, Tomo I. España. Ed. Sígueme. Salamanca.
- Gadamer, Hans G. (2010). Verdad y método, Tomo II. España. Ed. Sígueme Salamanca.
- García, I (2000). El diálogo: un instrumento para la reflexión y transformación educativa. Argentina Clacso.

En:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/cuba/cips/cauda-les05/Caudales/ARTICULOS/ArticulosPDF/0524G093.pdf>

Fromm, Erich (2011). Sobre la desobediencia. España. Ed. Paidós

Fuentes, Carlos (1964). Cantar de ciegos. México. Ed. Joaquín Mortiz

Gallego, Juan (2002). Dimensión intercultural del lenguaje académico y necesidades comunicativas en la enseñanza del español para fines académicos. España. ASELE. Centro Virtual Cervantes.

Gadamer, Hans G (2010). Verdad y método, Tomo II. España. Ediciones Sígueme Salamanca.

Habermas, J. (2003). Acción comunicativa y razón sin trascendencia. España. Ed. Paidós.

Hegel, GWF (2003). Fenomenología del espíritu. México. Ed. FCE.

Heidegger, Martín (2011). Ontología, hermenéutica del facticidad. España. Alianza Editorial.

Heidegger, Martín (2014). Ser y tiempo. España. Editorial Trotta.

Honneth, Axel (1997). La lucha por el reconocimiento; por una gramática moral de los conflictos sociales. Barcelona. Ed. Crítica/Grijalbo Mundadori.

Huizinga, Johan (2012). Homo ludens. España. Ed. Alianza.

Külpe, Oswald (1914). Sovremennaiia psikhologiiia myshleniia. Alemania. Contemporary Psychology of Thinking. Novye idei v filofofía n° 16.

Levinas, E (2000). De la existencia al existente. España Ed. Arena Libros.

- Lorenzo, R. (1938). Vocabulario greco-italiano. Italia. Casa Editrice S. Lapi.
- Mendes, Magali (2015). La filosofía latino-americana e intercultural de Rodolfo Kusch no dialogo com uma proposta educacional construida desde os saberes indígenas. El Salvador. ICA55.
- Mercon, Juliana (2009). Consciencia social en Paulo Freire. Un dialogo sobre la esperanza crítica. Venezuela. Revista Ethos educativo. Vol.12.
- Nietzsche, Federico. (1994). Humano, demasiado humano. México. Editores Mexicanos Unidos.
- Myers, Davis (2005). Psicología social. México. Mac Graw Hill. Interamericana.
- Paz, Octavio (1984). Piedra del sol. Italia. Mondadori.
- Paz, Octavio (1987). Árbol adentro. España. Barcelona. Seix Barral.
- Paz, Octavio (2003). El arco y la lira. México. Ed. FCE.
- Palazón, María (2015). El reconocimiento y el desconocimiento, límites de la identidad. El Salvador. ICA55.
- Penrose, Roger (1996). Las sombras de la mente: hacia una comprensión científica de la consciencia. España. Editorial Crítica.
- Piketty, Thomas (2014). El capitalismo en el siglo XXI. México. Ed. FCE
- Ricoeur, Paul (2005). Caminos del reconocimiento. España. Editorial Trotta.
- Ricoeur, Paul (2015). Historia y Verdad. Argentina. Ed. FCE.
- Sauerwald, Gregor (2013). Reconocimiento, Un nuevo paradigma de la filosofía política y social? Ecuador. Ed. Abyayala.
- Schirrmacher, Frank (2015). Las trampas del juego capitalista. México. Ed. Ariel.

- Velázquez, Manuel (1977). Filosofía y liberación. México. UAEM. Facultad de Humanidades.
- Velázquez, Manuel (1994). Hermenéutica, filosofía, genealogía. México. UAEMéx.
- Velázquez, Manuel (2015). Seminario de hermenéutica. México. UAEMéx.
- Vallejo, Camila (2011). Discurso del 21 de julio. Chile. FECH.
- Vergara, Fernando (2008). La apropiación del sentido: las experiencias hermenéuticas de diálogo y comprensión a partir de Gadamer. Chile. Universidad Católica de Maule. Alpha num.26.
- Vygotsky, Lev (2015). Pensamiento y lenguaje. México. Ed. Booket.